

CARLOS SOLORZANO

DEL SENTIMIENTO DE
LO PLASTICO EN LA
OBRA DE UNAMUNO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

DISERTACION PARA GRADO EN LA CARRERA DE

MAESTRO EN LETRAS (LENGUA Y LITERATURA

ESPAÑOLAS)

MEXICO - 1944



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**DEL SENTIMIENTO DE LO PLASTICO
EN LA OBRA DE UNAMUNO**

A mi Madre

A Beatriz

TRATADOS

	<u>Págs.</u>
Preliminar	9
Del Sentimiento de lo Plástico	15
La Obra de Unamuno	27
Las Novelas	33
Los Ensayos	57
Las Poesías	79
Conclusiones	93
Bibliografía	99

PRELIMINAR

ANTES de daros a leer estas líneas, he de aclarar la intención del título que las encabeza; "Del Sentimiento de lo plástico en la obra de Unamuno". Pienso que todo hombre con facultades de pensar y sentir realmente vivas y no adormecidas en el trajín de la vida diaria, es fiel a una idea y a un sentimiento que rigen el destino de su vida. Fácil es, en efecto, llegar a descubrir en cada hombre este sentir y pensar capitales, que lo modelan en el curso de su existencia, dando en cada momento en que la actividad generadora se ejercita, una nueva realidad vital.

Así pues, bien puede hablarse como dominante, y sin exclusión de otros atributos de alto valor, de un sentimiento de lo real en Galdós, o de un sentimiento de lo especulativo en Ortega y Gasset. Y cito estos dos autores, porque en sus actividades veo una contraposición, el uno real, buscando la causa, la cosa primera en toda acción, el otro, huyendo de ella y divagando en pensamiento, atrapando al vuelo las ideas, aún cuando sea para hacerlas vivir en un momento, sólo, de fecundidad fugitiva. Así, haciendo parar nuestra atención en los factores de desenvolvimiento de un autor,

es como reconoceremos el pensamiento guía y el sentir animador constantes. Y no os parezca paradójico que hable en tales términos del sentimiento; he escogido, esta palabra, porque ella designa más o menos claramente esa facultad inconcretable del hombre; que es acto (causa) y efecto a la vez. No quiere decir lo anterior, que todo hombre pueda definirse por tal o cual postura que excluya otra cualquiera. Tengo la certeza de que el hombre que lleva una vida mental intensa, es el que permanece invariable en una idea determinada, así sea ésta la de dudar sobre todo lo que piensa o la de querer pensar en muchas cosas a la vez; también en el sentimiento dominante que es definitivo en la obra de arte, se reúnen todas las virtudes alcanzables por la singular capacidad del autor. Por este sentimiento de lo real en Galdós, y no a pesar de él, ha enunciado sus teorías moralizadoras, que parecen abstracciones y son tan reales y vitales como sus personajes de novela, y por el sentimiento de lo especulativo también, y no a pesar de él, Ortega y Gasset se remite a enunciar, inesperadamente, la más profunda de las teorías realistas; "La Deshumanización del Arte". Sirva lo dicho, para aclarar que la capacidad humana de penetrar las cosas profundas es irrestringible en puros términos de razón, pero esto no quiere decir que un hombre, en un momento determinado, no sea capaz de ver una obra desde el lugar en que está situado, y quizás desde ahí por el poder inagotable del pensamiento, sea capaz de descubrir verdades que pasaron antes inadvertidas.

Hecha la anterior aclaración, creo poder decir que en la obra de Unamuno, me parece fundamental, y lle-

vada a un grado máximo, la conciencia del escritor que se sabe capaz de formar por su potencia extraordinaria en quien lo lee, la capacidad de reconocer lo vano de muchos valores antes reconocidos como altos, y de descubrir otros ni siquiera sospechados. Quiero decir con esto que Unamuno al establecer los valores de su obra, resume en ellos otros tantos y anula muchos más o sea, que crea un nuevo mundo de pensamiento en sus lectores. Me diréis que todo autor de ideas poderosas es así, y diréis verdad, pero en las letras españolas del siglo XIX Unamuno es caso único de tan fuerte personalidad, porque ésta tenía naturaleza dinámica; se descubría en sus lectores al descubrirse a sí mismo. Esto es quizá lo que me ha movido a escribir sobre este sentimiento de lo plástico, y al hacerlo he tomado el vocablo en su sentido activo, del verbo griego "plassein" que equivale a "dar forma". Y así las líneas que a estos siguen, vienen a ser la forma que en mí ha tomado el pensamiento unamuniano, y las ideas que en mí ha engendrado esta agitación suya incansable, que es constantemente animadora de su poder generalizador. Por eso, para expresar lo anterior en una sentencia que sirva de capitular a este escrito, he tratado de darle la mayor particularidad, que sea a la vez interpretable en variedad de términos. Porque el sentimiento de lo plástico o del cambio animador y constante que nos mueve y al cual nosotros movemos, se descubre en todo pensador de altas ideas, y no depende al apreciarlo para hacerlo más o menos totalmente sino de la conciencia de quien se comunica con él. Podría pues haber titulado este ensayo quizás más estrictamente: "Del Sentimiento de lo Plástico en mí, ante

la *Obra de Unamuno*"; pero este sentimiento que en mí toma vida no es sólo por mí y para mí, sino también para todo aquel con quien me comunique y por él mismo. Ahora entenderéis mejor lo de la sentencia particular interpretable en variedad de términos.

Posteriormente veremos cómo, esta agitación de Unamuno que es el meollo de su obra, tiene un significado histórico de trascendencia. Él siempre creyó en la historia como en la más generalizadora de las ciencias, en la que se sigue un proceso de integración y abstracción, resumiendo los particulares hechos, que son a su vez lo más general de la vida humana. También después veremos por qué esta idea de lo universal en lo particular, es de tal modo importante en su vida, que lo llevó a hacerla la sustancia de su pensamiento. Y decidme, si no en "El Sentimiento Trágico de la Vida" no oís solamente la voz del hombre Miguel de Unamuno, sino la vuestra, que es la de todos en vosotros. Por esto, yo siguiendo sus pasos he trasladado a estas líneas mi pensamiento con él comunicado. Y aunque os parezca desordenado, no reparéis en ello; que la vida mental se descubre tan sólo en una palabra por el orden ideal que la genera, y no en la sucesión de ellas dispuestas en seguimientos y alternativas al obedecer al orden lógico que las restringe, muchas veces, en toda su alta significación. Aunque os parezca raro que diga lo que sigue en una disertación para lograr un grado académico, os diré que pienso que si por una vez siquiera alguien viviera oponiéndose a eso que llamamos orden y unidad, que ha guiado el juicio de los hombres en todas las épocas, descubriría él que ese orden y esa unidad no están más que en

si mismos y todo lo que él vea y toque, ordenado para sí; porque vivir es ordenar, es condición inseparable de la vida. Hemos vivido siglos persiguiendo el orden y la unidad sin alcanzarlos, y eso es lo principal, que esa lucha es intensa y sin fin, y que ese ardor ha de durar mientras dure el hombre. Si esta lucha es la esencia de la vida, bien podemos ejercitarla en todo, lo que nos parezca lo merece. Diréis que estos son disvarios de anarquismo, y os diré que no hago caso de palabras inventadas para discursos públicos, en las que se pierde su íntimo, y entrañable significado.

Pero dejando a un lado estas ideas que me vienen a la mente, hoy que escribo acerca de Unamuno, es necesario precisar que es por ello y para ello que las enuncio; porque todo lo que aquí veáis y aunque muchas veces os parezca sin conexión, es la resulta de leer y releer a Unamuno, meditando y penetrando en profunda comprensión toda su obra. Y que me vengan ahora a decir, que estoy influido por él, y que no hago más que repetir sus sentencias. Si así fuera, no haría más que prolongar en mí el destino de todo hombre, porque repetir es pedir otra vez, pedir muchas veces, y esa es nuestra vida; la petición constante de la verdad que nunca habremos de alcanzar.

DEL SENTIMIENTO DE LO PLASTICO

TODOS conocéis lo que significa el término "plástico". Aun sin poder explicarlo y de ello estoy seguro, muchos de vosotros sentís el valor de tal palabra; y digo que sentís, porque es sentimiento y no razón lo que hace vivir en nosotros las palabras. Acontece con este término, como con muchos otros, que al paso que el tiempo transcurre se van limitando cada vez más sus significaciones. Esto viene a dar una resultante de estrechamiento en el sentir que tenemos del lenguaje. Por la razón conoceréis la herencia de los términos y su formación a lo largo del camino recorrido; pero únicamente por el sentimiento, llegaréis a la luz de sus entrañas, luz que hace invisible, a las veces, la densa y pesada gravedad del estricto raciocinio. Este es el valor de los versos y de todo aquello que descubre la vida interior de los elementos que forman un cuerpo ideal o material. Y ese poder que permite desentrañar la enhiesta e inagotable vitalidad de la palabra, que es representativa por sí y por el tono y el ritmo en que se ondula, es lo que hace posible la realización de la belleza, que es verdad de sentimiento y razón en la literatura.

Y ved por qué os digo que es de sentimiento: La vida del lenguaje se vierte sobre nosotros y de nosotros también toma sustento; en todos los momentos de su vida se está formando una nueva realidad, que pasado el tiempo, atraparé la razón, la hará rígida y con determinado destino y acepción. Pero todos los momentos intermedios de esta larga e inacabable formación, de cada una y de todas las palabras, los recibimos por la facultad del sentimiento que nos permite vivir; y esto es lo definitivo, vivir las palabras, dándoles nuestro interno calor y tomando de ellas todos sus significados, hasta el más remoto, que es con frecuencia el más certero.

He aquí porque podemos hablar de la lengua como de algo vivo, y sobre ello insistiré más adelante, tal cómo yo lo comprendo y lo siento. Si al ponerlos en contacto con un término atendéis únicamente a su vida exterior y aparential, que es la que os impone el uso diario y las reglas gramaticales, el brillo de la misma se irá opacando y haciéndose menos propio y el cansancio de la vida sin objeto se traducirá en la frecuencia de la palabra vana. Mas si ponéis en el habla vuestro ánimo, ¡gran virtud de la oratoria!, veréis cómo aquellas palabras que antes parecían sin sentido, y digo sentido vital y no gramatical, se remozan y circula por sus entrañas nueva sangre limpia. Esta es la verdadera fecundidad de la palabra; en mí y en todos vosotros semejante.

En el español, a semejanza del latín, el sustantivo que es nombre de cosas que son y que no son, pero que al nombrarlas toman ser, tiene una certera relación con el verbo que es movimiento y acción. Tomad de

esta correspondencia su sentido general, y veréis que del verbo nace continuamente nuestra lengua, acción que se mantiene como la vida misma en eterna y continua marcha sin fin.

Si traéis este sentido a vuestra vida, y caéis en la cuenta que pensar es hablar, ya no habrá tropiezo para encontrar en cada palabra una vida propia, que como toda vida se prolonga hasta un lugar que no alcanza la razón coordinadora.

Al hacerme estas reflexiones comprendí que la forma es eterna y no transitoria, porque es la vida misma del idioma, forma que es pensamiento o, si queréis, pensamiento-forma; y veámoslo claro, en nuestra vida, al darnos en la palabra a nuestros semejantes, es fácil notar cómo trasponiendo las intenciones y posibilidades de la lógica frecuente, muchos individuos que en la vida corriente se ven despreciados, crecen al hablar, al expresar sus pensamientos, porque pensar es pesar, según tradición lingüística, darnos en todo lo que valemos, sin prejuicios ni convencionalismos. ¿Es posible separar aquí el pensamiento de la forma? Claro está que no, y de igual modo es imposible precisar si lo plástico es lo ya formado o lo que está por formarse, porque en nuestra vida nada es definitivo en el tiempo, y tan formable es la causa como el efecto, pues uno en otro viven sin que se pueda establecer vidas distintas. Estas son relaciones que la lógica establece; mas para quien viva la vida intensamente, dentro de sí mismo, le es imposible separar causas de efectos, pues esto equivale a descubrir la impenetrable vida de la vida. Por esto, y si paramos nuestra atención en el término que antes os he dicho; plás-

tico, veremos que en la actualidad sirve únicamente para denotar las realizaciones de artes que se aprecian en primer término con el sentido de la visión. Es aventurado hablar de la plástica de la música, o de las letras, y es que en tal sentido bien puede prestarse a críticas desfavorables la consideración, porque se hace referencia a circunstancias particulares y no a esencia universal. Mas si damos a este vocablo su significado alto, ese que los gramáticos llaman sentido figurado y que es el más real, (de cosa-res) porque es el que más bien define la trascendental vida de las cosas, veremos que plástico, es todo en el mundo, todo lo que vivimos, la vida toda formándose en todos los seres reales e imaginativos. Tal os lo dice la formación de esta voz castellana; plástico, del latín plástico-a-um, del verbo griego plasso; formar. Dar forma a todo lo que sea posible de tomarla y aquí habría de hablar acerca del destino racional o no racional de la materia, pero no es mi intención entrar en tales enredos, que quedan para la Filosofía sistemática.

He de hablar únicamente de la fuerza generadora que en nosotros es sentimiento vivo de los cambios universales. En Física se distinguen las fuerzas mecánicas de las plásticas, y ved con cuánta rudeza se hace esta distinción; las fuerzas mecánicas son fatales dicen, inevitables en el cambiar de la materia, y digo cambiar sin analizar si hay o no pérdida en este cambio, porque la idea de adquisición o pérdida es algo que hemos inventado los pobres hombres para juzgar con criterio egoísta, la vida infinita de las cosas. Si hay o no pérdida.

si ésta es sustancial o aparential, no se podrá aclarar nunca, ni aun por ciencia experimental, que es con frecuencia; experimentación de limitaciones, de relatividad en las relatividades. Lo que nos interesa en sumo grado es que esta materia cambia movida por fuerzas inevitables y que merced a esta transformación la vida corre y nosotros en ella nos movemos. Las fuerzas plásticas, dicen los físicos, son aquellas que tienen un fin en sí mismas; la lucha por sí, en sí y para sí. Aquí, llamo la atención de quién quiera dárme la, preguntando si hay algo que no sea así; fin de sí mismo. Porque no concibo yo que la fuerza que mueve a la materia tenga otro fin. Puede decirse, casi, que estas distinciones que en las ciencias se establece, no tienen a menudo un fundamento cierto, ya que están hechas con un desconocimiento absoluto de las fuerzas hondas de la vida; pues el fin conocido de algo no lo sabremos nunca, al menos el fin trascendente de ese algo. Ello es el objeto de los cantos y las artes; la pregunta del fin de nuestra vida y la de todas las vidas del Universo, es el verdadero sentimiento de lo plástico que nos lleva a dudar sin restricciones y a preguntarnos si hay el para qué de un fin o de un principio, de una causa o de un efecto, y que este preguntar nos da cuenta cierta y trágica de que en verdad vivimos. De aquí partirá mi pensamiento, en este breve ensayo, en la apreciación de la lucha, tal como Unamuno la concibió, como el cambio incesante de forma esencial; el agitarse en la vida con la certeza de que esta agitación ha de vivir y reanudarse sin un destino inmediato, que se ha de avivar mientras la vida aliente por su misma fuerza inextinguible. Porque luchar es renovarse y vol-

verse a crear. Es recrearse para concebir nueva posterior creación. Es un destino ilimitable de desear y lograr para alentar nuevo deseo o quizás para no lograr nunca nada. Y ved que tomo también el término deseo en su significado general, como el movimiento de la voluntad por la apetencia de una cosa o de una idea. Y apetecer es ansiar, y el ansia es congoja, y la congoja es opresión de la vida que pesa sobre nosotros. ¿Veis cómo se hacen plásticas, en reciprocidad, la idea en la palabra y ésta en aquella, y vosotros y yo en ellas?

Al contemplar la obra de Unamuno, me han entrado deseos de escribir algo de éste que yo llamo Sentimiento de lo plástico. Ninguna obra como la suya en nuestras letras ni aun la tan elogiada literatura del llamado Siglo de Oro tiene ese contenido de vital trascendencia que hace de la obra algo eternamente moldeable, así pasen los tiempos y cambien los hombres; porque podrá haber cambio aparential, pero hay también un vértice común en que todos nos juntamos por inevitable destino: El de la materia que toma forma eternamente.

Me diréis ahora que, de acuerdo con esto, es vano señalar lo plástico de una obra de arte, ya que todas ellas lo son, y yo os diré; lo que es raro hallar es la conciencia de este cambio en el creador que la ha animado, como en Unamuno se ve tan claramente.

Aquel sentimiento de lo trágico de que él nos habló, es el dolor del cambio, el del sufrimiento de saber que nada es estable en nuestra vida y en la vida total. El le dió calidad artística y le llamó sentimiento trágico, al calificarlo. Bien podría llamarse sentimiento del cam-

bio o de la inestabilidad del vivir, o en modo frío y sin ninguna conmoción artística, el sentimiento de lo plástico.

Esto que os digo, está claramente expresado en todas sus obras, en las de prosa y verso, en las dramáticas y líricas, que aún con todo su ropaje de arte, no lograron disimular aquella íntima congoja de Don Miguel de Unamuno, que se sabía mortal y perecedero y olvidable.

Mas hemos de ver en qué forma se enuncia este atormentado pensamiento y esto es lo que me propongo: poner de realce los procedimientos de uno de los más grandes pensadores que ha tenido nuestra Literatura, nuestra verdadera literatura, porque si toda palabra es pensamiento, no toda literatura lo es. Basta, para diferenciarlos, las categorías de esencia y de accidente.

A menudo un escritor de profundo pensamiento se mantiene en determinada postura y piensa y escribe para sostenerla, para afirmar eso que llaman personalidad, afianzándose en las circunstancias y sin sumergirse en la oleada soterránea de la vida. Porque si tal hiciera caería en la cuenta de que la tal personalidad es lo menos legítimo que existe; legítimo para su naturaleza de hombre y de pensador. Unamuno, por el contrario, en lucha constante con todos y consigo mismo (porque vivir es luchar; "Mi Religión y otros Ensayos"), sin cuidarse de las apariencias, forjó un fuerte y fecundo decir en pensamiento y forma, tal como él lo entendiera, porque la forma es el pensamiento plastecido y ambos universales vivos de por sí, como todo lo que alienta en el Universo. A esta materia ideal no se le puede limitar con exigencias de indivi-

dualidad; lo que puede alcanzarse, únicamente, es vibrar en ella para posesionarnos de esa personalidad impersonal que la recrea, recreándose en ella.

Sin embargo de ello, la crítica superficial, la que atiende sólo a literaturas y no a vida mental, que es integral, ha reprobado a Unamuno sus contradicciones. Yo veo en ello una gran virtud; la del hombre que se sabe cambiante por inmediato sentir que la vida le comunica, agitándose en un ritmo de vaivén; de ir y venir, pero sin perderse nunca, sin perder su conciencia de "hombre". Y esta conciencia oscilante también como la vida que mantiene y sostiene, así, por debajo, el pensamiento de los hombres, no puede ser más claramente visible que en estas contradicciones, ya que contradecir es decir antagónico, y no desdecir, es decir siempre algo nuevo, volver a hacer y no destruir. Es abrir nuevos caminos a la mente; caminos que enseña la palabra, guía y motivo de toda evolución. La contradicción de Unamuno proviene de su lucha interior, que no era rebelarse ante la realidad presente, pues él creía en el presente eterno, sino por el contrario, era unirse con ella en plenitud de verdad después de la sacudida inicial que le causara al conmoverle. Y esto no debe estrañarnos; el hombre que también se moldea, siente la fuerza violenta de la vida que le encausa en determinada corriente, pero termina llevado por ella, dándole su vida y su pensamiento. Por eso hay grandes obras de la mente humana, que son en suma, cristalización en lo singular de lo universal y lo eterno. Tal es el caso de Unamuno que hizo resaltar en el cuadro de las letras españolas los valores más altos de la españolidad, en la expresión de sus zozo-

bras, de su lucha y su pasión de hombre y no sólo de español.

Toda la obra de Unamuno, vida y creación fueron eso: un afirmarse en la tragedia inexplicable y engañosa, estar en ella preguntándose si es vida este sueño de la vida que así llamamos.

Pero lo que sí es claro en su obra y que es su corriente fecundadora, es la certeza de la duda. De esta certeza nace su valor para vivir y su estupor ante la muerte. Y este estupor, se manifiesta en una punzante acritud divagadora, que se concentra en aquella pregunta, de que si siendo, somos en verdad.

Esta es la verdadera conciencia de la vida, de los cambios que apreciamos al contemplarlos en nuestros semejantes, pero que es difícil hallarlos en nosotros y más aún, caer en cuenta que los hemos hallado. Y ahora hago la pregunta que siempre me he hecho y que está esbozada en toda la obra de Unamuno, de que si el cambio es dolor o si tan sólo ésta es una frase inventada por la literatura. Tenemos que ver que el cambio lastima lo que creemos que es nuestra integridad personal; pero a aquel que está habituado a vibrar en la única integridad que es la universal, no le amedrenta la idea del cambio, por que vivir es cambiarse y la vida es incalificable pues es ilimitable, lo cual puede resumirse en una sentencia: Quien vive en la verdad, que es la conciencia de los cambios que sufrimos, no padece con la muerte.

Mas como en el ser humano hallaremos siempre, mientras más viejo, más arraigada la idea de la individualidad, es entonces cuando nace la lucha, de lo es-

table que queremos ser, contra la certeza de la inestabilidad que sabemos nos envuelve.

Las invenciones del hombre, aun la lírica, se pueden tomar en este sentido: más como una enagenación de la personalidad, que como una afirmación de la misma. La obra artística, en nosotros, se recrea y de ella tomamos también nueva vida, porque no hay impresión posible si no hay sujeto impresionable. Y si me decís que ésta es una concepción estrecha y limitada, yo os preguntaré qué es lo que no es estrecho y limitado, si así queréis llamarlo, en este mundo; porque decir sujeto es decir universo; decir hoy es decir siempre, y contemplar un árbol que crece es incorporarnos en la vida total, vegetal y orgánica. Pues en la estrechez se encierra la grandeza así como en la sombra están alentando todos los colores. Este es el poder del singular universal, por ello podemos hablar de un sentimiento de lo plástico en la naturaleza que es incomprendible, porque si hablamos de ella a secas no tiene el mismo sentido vital que si ponemos nuestra atención en lo singular que es en lo que ella se hace significativa.

La palabra singular es también universal. Una cosa en el mundo se designa por una palabra, es decir que en lo simbólico, que es el campo de la representación de la vida humana, la palabra da vida a las cosas, y al pronunciarlas, después de la identificación inicial, estamos creando nuevas cosas en la vida y nueva vida en las cosas. Y si la palabra es de tal modo plástica; la obra en que ella se ha vertido lo es en cada uno de nosotros en quienes ella se distingue, porque

distinguir es separar y la separación es mutación de la esencia formable (plaste).

Ahora, si se me pregunta por qué cualidad específica de lo que existe, somos capaces de distinguir estas variaciones, yo creo os diré; que es por la luz, que es claridad, el Lumen causa de ella y el Leucos la blancura que absorbe todos los colores y los distingue en singulares términos. Por la luz y para ella, se han creado las artes. Las llamadas artes plásticas —ya vimos que todas lo son— carecen de vida si no exponemos sus realizaciones a la luz. La misma Arquitectura está hecha para ella, es su agente moldeable y como tal el que le da vida, porque si así no fuera, la concepción arquitectónica sería únicamente el alineamiento de los términos sin esplendor, y no produciría ese deslumbramiento que singulariza a la obra arquitectónica de mérito. Si no conociéramos la luz, la necesidad del hombre de inventar la belleza habitable, hubiera sido satisfecha de otro modo distinto, que hoy ni siquiera imaginamos; quizá hubiera sido más imaginativo que visual.

Y todas las artes, hasta la música, no producen ese especial alucinamiento, y la palabra nos lo está diciendo, si no le prestamos la luz de nuestra llama interna.

La música se expone en un procedimiento matemático; en alternativas de simultaneidad y sucesión, y no es posible encontrar en tales acordes o escalas variables un valor de arte que es de integración, si no la recibimos con el alma abierta a toda su capacidad moduladora. Porque modular es modelar.

Tal nos lo dicen también las Matemáticas con su pretendida exactitud; hoy sabemos que esta exactitud es

mera especulación de raciocinio, en que merced al singular módulo comparativo se elabora la verdad matemática universal, y aparece así iluminada a la luz de nuestras facultades, iluminándolas con verdad irreprochable.

En la misma entraña del idioma podemos encontrar expresado este pensamiento. En latín lo bello era lo pulcro, lo blanco, lo imaculado. Y esto no puede existir sino por la reflexión absoluta y completa de la luz, en un proceso de identificación, que al reflejarse cobra vida momentánea en cada una de las cosas en que ella resplandece, que es al decir de Unamuno, vida de eternidad porque el momento es lo eterno inextinguible.

LA OBRA DE UNAMUNO

DE este sentimiento de lo plástico que tan a grandes rasgos he expuesto en sentido general, es de lo que a mi parecer ha tomado Unamuno, la esencia constitutiva de su vida artística. Basta para precisarlo, recordar algunos de sus aforismos que, juzgados con ligereza, parecen sin contenido; pero aquí cabe preguntar si hay algo que no tenga o que no sea contenido en sí, y mucho más, si viene de un ser que como Unamuno tenía perfecto conocimiento de la riqueza y de la verdadera vida del lenguaje. Aquel "Vivir es ir muriendo" al que contraponía "Morir, ¿no es acaso ir viviendo?", nos da cuenta de la claridad con que su mente de hombre adivinaba, esa penumbra de las raíces del idioma que como los de toda vida se esfuman en inexplicables orígenes. Pero de ese sentimiento de zozobra, de querer verter en la palabra hasta lo inexplicable así como en nosotros se ha vertido, es de donde él sacó su mayor fuerza animadora. Veámoslo si no, al recorrer su vasta producción y al percatarnos de que su preocupación lingüística era de fondo y no de forma, o para decirlo al modo que él lo hubiera dicho; era de forma esencial. Este proceder,

como todos los de un hombre de altas ideas correspondía a su verdad interior y a sus zozobras en la misma, a aquella duda suya de que si esta forma que hoy tenemos de ser humano es aparential o trascendente, y en lo que esta forma ha de resolverse; preocupación que igual le atormentaba respecto de los hombres que de las palabras de todos los idiomas. Por que la verdad es que aun cuando el hombre elabore teorías que explican más o menos completamente el por qué y para qué de su existencia, la voz de nuestra individualidad la oímos siempre. Anteriormente dije que pensar es pesar, y para que este recuento sea justo, es necesario que encierre la integridad de nuestros seres, con todo nuestro cuerpo, nuestra materia ideal y las inquietudes que mueven nuestras vidas.

El dolor de morir, o más fielmente hablando, de vivir la muerte, es la nota dominante en toda alta poesía; y no quiere decir esto que necesariamente se exprese en forma quejumbrosa; más aun, en aquellas obras en que se aprecia la serenidad en el tono, lo más impresionante es, por la fuerza que encierra, ese vértice en que el artista junta la vida con la muerte en adivinación de una inextinguible vida eterna. Durar en individuo a lo largo del tiempo; ésta es la preocupación inmediata del hombre, a la que el artista y el filósofo cualesquiera que sean sus ideas, contraponen; ser en materia esencial ideal y plástica en el eterno presente en que vivimos.

Si hablamos de materia sin entrar en más explicaciones, podrá creerse que participamos de la idea hoy abandonada de que nada se crea, ni nada se destruye; en lo que sí creemos, es en que todo se transforma y

todo se recrea constantemente recreando su realidad presente porque el presente es perdurable en término de eternidad. Y aquí os llamo la atención acerca de esta contraposición de palabras que es unión de las mismas, término y eternidad, y ved que el categórico eternidad, se ve más de realce en la voz término, y es porque cómo antes os dije; en lo limitado se anima para nuestro especial modo de entender lo inconmensurable. Por eso, yo veo fecundidad en las contradicciones porque nunca éstas son absolutas; siempre se hacen creando nuevas verdades al decir las y con esto se mueve al pensamiento a una nueva vía para su cauce, en la que el cauce que es forma esencial del pensamiento, necesita de la idea que es vía para tomar curso. Lo importante es, y así lo decía Unamuno, pensar, sin cansancio ni interrupción, porque en ello está puesta nuestra vida. Yo también al escribir estas líneas, si he notado alguna incoherencia en mi escritura, así la he dejado, con el propósito de que las uniones las establezca quien me lea, que sólo así se logra verdadera unión; por la plasticidad del pensamiento, con él tomaremos unidad en su entrañable esencia.

Esto que aquí escribo es la idea que en mí se modela y en la que yo tomo forma, así os la doy; como resultancia de la fuerza vital que a mí me mueve.

La facultad de expresarse en ideas de fecundidad inagotable es esencial en la obra de Unamuno, porque él entendía y así lo expresó (Soliloquios y conversaciones, Conversación I) que la paternidad de la idea no es de quien primero la expresa, sino del que alcanza al expresarla mayor profundidad en la vida de la

misma, y aun de quien sin expresarla, toma realidad distinta en ella de la que ya tenía.

Esta idea de mutación en el pensar, dió a Unamuno en el respeto de su actividad literaria, un horror a todo academismo reglamentador en lo referente a la escritura, y más aún, el desco de dejar en su obra la agitación de su intelecto, que al llegarnos por intermedio de sus libros nos agita también y nos conmueve. Se alejó de cuanto se puede representar en algo fijo, porque esta representación es muerte de la vitalidad. Por eso decía, no quería se pensase que hablaba como un libro; porque en la letra muerta se muere también la forma y se busca entonces en lo vano del halago sensual, que pervierte la pureza del sentir y pensar íntegramente en unidad completa. Si hemos de desentrañar el sentido de esta pureza, recurriremos de nuevo a la entraña del idioma. Puro viene de pyr-fuego. Es puro lo que arde en el fuego sin mixtificaciones, sin consumirse, recreando la realidad vital que es el fuego mismo.

Vale por ello decir que Unamuno fué un escritor puro, porque en su tarea lo movían, no las sandeces de vanidad literatesca, sino su pensamiento vivo, tan vivo hoy como cuando él lo expresara.

En las letras españolas del siglo XIX, que tienen a mi modo de ver el defecto de haber pretendido fijar en formas artificiosas, el aleteo de pensamientos traídos de otras lenguas, la figura de Unamuno es extraordinaria. Vémosle siempre hablando en voz alta, echando al aire su palabra, igual que al imprimir-la sobre papel, sin afeites, ni zarandajas de estilismo,

sino como "dichas por hombre" de carne y alma, o mejor, de carne-alma.

Aun en su obra teatral y novelesca, en que la representación es condición de existencia de la misma, Unamuno huyó del simbolismo rudo y destructor. Este simbolismo suyo, si así puede llamarse, es dinámico y creador; por intermedio de las figuras desdibujadas de sus personajes, se insinúa el alma humana universal. Es simbolismo de vida y no de tipos, porque cada hombre es un tipo o muchos a la vez, y es difícil encuadrar, en un modo especial de obrar, la ligereza del pensamiento que es irrestringible.

LAS NOVELAS.—

EN libros de Literatura, he leído juicios injustos acerca de la obra de Unamuno; y son injustos, por que en ellos, además de no reconocerse los méritos innegables de este autor, se ha cometido la peor de las injusticias: la de incomprensión. La mayoría de estos juicios superficiales y sin un sentido profundo de penetración, preparan cierta repulsión en el ánimo del lector que antes de leer una obra toma informes de ella en un manual de literatura ¡Y hay tantos lectores de esta clase! Es como cuando al comenzar un concierto, antes que la música se difunda en nosotros y por nosotros, el oyente recurre al auxilio de un comentario, la mayoría de las veces sin importancia alguna, de los alcances de la obra que se ha de escuchar. Dicen que es para mejor comprenderla, como si esta comprensión (del latín *cumprehendere*) esta penetración, no fuera más fecunda en virginidad de ánimo, sin necesidad de los comentarios de uno de esos que son por manía teorizadores (y no teorizantes). A su vez estos juicios en libro de literatura, preparan el ánimo de quien se enfrenta con el escrito de un determinado autor, y se comete entonces la injus-

ticia de prejuzgar o por mejor decir, de no juzgar sino acatando el juicio que antes nós llegara. Se incluye en estas críticas, en el respecto de la obra de Unamuno, la de que sus escritos denotan faltas de originalidad, que tienen fundamentos en lecturas que en mayor o menor grado dejaron su influencia. Y yo quisiera decir a estos señores que tal dicen, que nada puede dar quien nada ha recibido, y que si una idea es capaz de fecundar en nosotros nuestra potencia animadora, para recrear un pensamiento ya enunciado, es porque estaba ya en nosotros viva esta idea en nuestro más secreto fondo, que es nuestro principio y nuestro origen; por lo tanto la idea, cuando salga de nosotros bañada en nuestro interior jugo vital, será ya por esto original, porque la verdadera originalidad está en descubrir en el fondo de las cosas, su origen o principio de existencia, que en ellas siempre está presente. Descubrirlo en nosotros y en todos nuestros semejantes, para nosotros y para ellos que a su vez en nosotros se descubren.

Por esto decía que esta crítica es superficial, así como lo son todos los textos de literatura, porque en ellos se hace referencia a los procedimientos del escritor, únicamente, y no al pensamiento vivo del hombre que escribe. Y aquí tengo que hacer una distinción que no es de origen del idioma, sino de costumbre, en el uso del mismo. El sufijo *or* indica en español, actividad u oficio y llega a definir una categoría de hombres en comunidad de acción. El pensamiento vulgar llega a adoptar los nombres que llevan este sufijo y les da contenido vital. Tal es la idea de quien juzga al escritor y no al hombre que

escribe. El juicio literario debe tender a valorar los escritos, que es tomar cuenta de la acción, pero determinando a qué razones obedece, en qué hombre se ha hecho patente esta acción y por qué. Otra sería la idea que de las letras tuviera la mayoría de los hombres, si al juzgarlas se hiciera referencia en primer término al hombre, que es el único principio de actividad, y no tan sólo al sujeto hombre, sino al hombre universal que es el mismo en todos nosotros. Pero esta profundidad en la comprensión, no se puede pedir a un texto de literatura porque entonces ya no sería esto, sino sería escrito de vida superior. Y si he parado la atención en este tema es únicamente porque con frecuencia un hombre de la talla mental de Unamuno se ve desmerecido en escritos en que se ignora lo mejor de sus atributos, y muchas veces esa ignorancia subsiste aun después de recorrida su larga producción. Creo yo que esto se debe, a que algunos lectores buscan solamente el rebuscamiento en el orden de las formas, la alternativa de claros y oscuros, de fuertes y débiles, y en general de opuestos categóricos. Yo quisiera hacer entender a esos lectores, que lo opuesto se percibe solamente mientras el alma es incapaz de juntar, en unidad inseparable, su esencia con la del alma universal que son una y misma en vida plena.

La obra de Miguel de Unamuno tomada en significación de totalidad, no fué otra cosa que una voz brotando espontánea en el curso silencioso de la vida. Pues él no era poeta, ni novelista, ni lingüista profesional, sino un hombre que hacía poesía y novelas y estudiaba en su raíz primera, viva hoy y siempre, la

lengua que circulaba por su vida. Porque en el mundo en que vivimos mientras no se tenga un idioma común, que creo yo sería temporal y no duradero, se nace con un idioma, así como con los rasgos exteriores que prestan a nuestra fisonomía singularidad individual. Pero ese idioma se distingue en cada uno de los sujetos que lo poseen. Por eso, yo creo disparatado hablar del genio de la lengua, más bien cabe aceptar una genialidad de la misma, porque el genio es índole invariable y la genialidad es hábito o costumbre conforme a esta índole; y la costumbre es la misma índole del idioma que por ella se ha formado y en ella encuentra siempre nueva fuente de vida. La costumbre une, en un todo formal, las variedades singulares del idioma. De acuerdo con esto, los artificios en el uso del lenguaje son un factor destructivo, porque por la costumbre pasan en el tiempo y permanecen en el lenguaje voces de procedencia desconocida; pero no debemos olvidar que el idioma como todo lo que existe, lleva en las venas de su vida la sangre de su muerte.

Unamuno comprendió en toda su profundidad los problemas lingüísticos, y no hizo por ello artificios, Parece increíble, y ésta es la mejor señal de la altura de su pensamiento, que un estudioso de la forma verbal en todas sus expresiones, permaneciera tan fiel a la que él creyó la más justa, la primera y sustancial, como dicha por "hombre". Y es que él sabía que las letras también no resplandecen, si no se les presta la luz de nuestra llama interna. Y por esta justeza y esta admirable capacidad de ser antes que nada un hombre, su nombre pierde por mal entendi-

dos el elogio que a sus dotes toca, y en librillos insignificantes se decolora por ello, el sonoro y claro todo de su voz.

Precisamente viendo esto, es cuando cae uno en la cuenta de la originalidad de Unamuno. Sin parar la atención en algunas coincidencias, que son las que aprovecha la crítica insidiosa, y dando valor, todo el que corresponde en su obra al contenido del lenguaje español que encierra, y al caudal de ideas propias que coinciden con un nuestro y universal modo de sentir y de pensar.

A menudo se dice que hay en Unamuno influencia de Pirandello, en lo que a la novela respecta. Yo creo que no hay algo que no esté influido por otro algo; todos los hombres vivimos de nuestros semejantes y para ellos, porque si hay entre nosotros alguien, que al expresar una opinión la crea suya totalmente, cometerá el más grave error de soberbia. Cómo hablar de libertad de opinión, si tenemos delante de nosotros, y no atrás, siglos y siglos de Historia; delante de nosotros, en la vida, guiándonos en el camino, aun cuando sea para ocasionar la reacción, que separando une los términos contradictorios en universales.

Si penetramos así un poco más en la entraña de los hechos, zahondando en su sustancia viva y sin atender a su figura exterior, veremos cuán vanas son las críticas como las que os mencionaba, que al pretender distinguir, que es separar, en términos singulares los atributos, los confunden y los hacen equívocos y deleznable.

Por eso, en este escrito, no encontraréis propósitos

de discurrimento respecto de si Unamuno fué influido por Hegel, por Pirandello, por Kierkegaard, o por el mismo Ibsen. Al poner en mis palabras la impresión que en mí ha dejado la obra de Unamuno, no hago más que comunicar a todo el que me lea, esta impresión, totalmente, y no discerniendo a quién corresponde tal o cual parte de ella. Porque la literatura en su sentido primero, y tal lo dice en rigor la palabra, es obra de integración y no de apartamientos, y si al comunicaros estos pensamientos estoy poniéndome de frente ante los hombres Kierkegaard, Pirandello e Ibsen, que por intermedio de la obra de Unamuno han llegado a mí transfigurados, en mí cobrarán nueva vida estos pensamientos, y serán por ellos fecundos en verdadera capacidad generadora.

Y lo leeréis vosotros, que sois la resulta de vuestra formación en vida, que dependéis de muchos con quienes habéis tenido conciencia directa o indirecta, y de otros tantos de quienes ni siquiera tenéis noticia de su vida y acciones.

Este es el sentimiento del cambio animador de que antes he hablado. Quien tenga absoluto conocimiento de él no padecerá de vicios, porque el cambio purifica y en nosotros esta purificación se logra, al creer que es eficaz y recreador de nuestra vida.

En cuanto a los juicios literarios, yo pienso que cuando caigamos en la cuenta de que para valorar algo es innecesaria la comparación, cuando veamos claramente que ésta es dañina por separadora, entonces estos juicios de literatura serán sanos, porque habrán obedecido a un deseo de identificación, para constituir

en materia absoluta lo juzgado con quién juzga en integridad perfecta de vida.

Imaginaos por un momento que no hubiera necesidad de anotar en lista, el número de cualidades o defectos, o de lo que así nos parece, sino que por virtud de vuestra alma, fluyera ella en toda obra y en toda obra se viera reflejada. Sería la fusión de la vida y el arte en calidad suprema.

Tengamos la esperanza de que así sea; todo en el mundo se modela; el alma en la obra de arte y ésta en aquélla, y por este cambio sobre el que he insistido, y quizás en demasía, se llega a la unidad que perseguimos o que soñamos perseguir. En este "puede ser", está puesta nuestra esperanza y nuestro anhelo, así como nuestro desencanto, en lo que no será en lo que fué y en lo que nunca ha sido.

Con todo esto que llevo dicho, no quisiera que se me tomara por un divagador. Yo sé que la acción necesita, para llevarse a cabo, precisar las ideas y limitarlas en un término tan claramente definido, que le sea fácil a la razón establecer relaciones y valorar las circunstancias. Cómo he de negarlo, si toda obra de arte es de representación, y es esta representación la que nos da cuenta de toda vida. Pero también es fácil perder esta limitación, si nos abandonamos como Unamuno solía hacerlo a las veces, a la palabra. Ella nos libera de la lógica esclavizadora, y nos da la posibilidad de remontarnos sin límite a regiones que son privilegio de quien sueñe. Porque la palabra es sueño de vida real; sueño tan real como la vida.

Sin embargo de ello, es necesario precisar, puntualizar en razones claras los alcances de una obra y a

ello me dirijo ahora, aun cuando sea rápidamente, para establecer en lo que respecta a Unamuno sus valores y el contenido lleno de vida palpitante de su obra.

En primer lugar, hay que decir que muy raros han entendido como él las posibilidades de la lengua española, y creo que ni Azorín, que escribe a las veces con avaricia de palabras, tuvo tal conocimiento de lo que vale un vocablo en tal o cual orden dispuesto. Y esto es de primera importancia, si se atiende a que en la obra de Unamuno, vale igual en vida de idioma, un verso que un párrafo de su prosa, tan fuerte y vigorosa.

En la llamada generación del 98, en España, no es posible hallar quien dejara más honda huella de su paso por el mundo. Algunas veces insistiendo sobre verdades dichas ya, y repetidas, éstas se remozan y parecen palpar con nueva vida. Eso hizo Unamuno que fué dentro de lo español un independiente y dentro de lo humano un unamunista, un subjetivista, pero con un subjetivismo de universalidad.

Si tratamos de hallar en su obra rastros de otros pensamientos, acontecerá como siempre que se tiene este intento; que en el fondo de ella, en su verdadera vida, se une el pensamiento de todos con el suyo en tal forma, que es imposible si se piensa serenamente, deducir influencias y razones de estas influencias. Además, no creo que sea esta labor de pensamiento, sino de perspicacia y de sagacidad.

Yo tengo para mí, que sin ignorar la impresión honda que dejaron en él algunas lecturas, Unamuno es la personalidad en quien mejor se representan pa-

ra España las cualidades y defectos de la vida del siglo que lo vió nacer. Siendo vasco, escribía en español, y siendo español se movía por un pensamiento universal. Esto equivale a decir que representa la adaptación que en el siglo XIX, como en otros tan importantes de su Historia, han tomado los españoles, porque si no fuera por esto, no hubiera habido un crítico acerca de los valores españoles, con pensamiento tan alejado del antiguo españolismo, como Menéndez Pelayo, y no hubiera tampoco Unamuno dicho; "que los grandes poemas son los que son traducibles a cualquier idioma sin perder su esplendor" ("Vida de Don Quijote y Sancho").

A cada paso tropezamos con aquellos requerimientos suyos hechos a los vascos, de aprender y escribir el español y de incorporarlo a su vida.

Su obra gira en torno de cinco o seis ideas fundamentales, y esto que puede parecer pobreza a quien la juzgue ligeramente, es lo más potente de las virtudes porque se define mejor un hombre que se identifica con sólo una idea, que el que habla de muchas cosas, que con frecuencia, no vive ninguna o al menos profunda y acendradamente.

Y qué idea más fundamental que la que anima algunas de sus mejores obras, que la incertidumbre de la vida temporal y de si este temporal no es quizás eterno (Ver "En Sentimiento Trágico de la Vida y "Vida de Don Quijote y Sancho"). Decía Azorín, que Pérez Galdós había abierto a España el camino para una nueva literatura española, y yo creo que Una-

munero, lo hizo para una nueva y eterna literatura universal.

Lo dicho anteriormente no contradice mi idea de la conciencia del cambio en la obra de Unamuno. Por el contrario, la afirma categóricamente, porque sólo quien vive plenamente una idea es capaz de moldearse en ella al moldearla en su potencia.

El hecho de ser vasco, ponía en su vida muchas dotes para la lucha. ¡Vasco, del país de Loyola!, como él dijo reverenciando su estirpe, del país de Don Quijote y de Bolívar, a quienes él ya emparentó en comunidad de rasgos. Y así era en efecto Unamuno también; pronto a trocar la idea en acción, o para hablar fielmente, afirmaba en la acción la idea. Por eso no veremos en ninguna parte de su obra, la expresión del deseo de alcanzar gloria perenne, como móvil de su actividad literaria, porque la acción se mueve sin cesar, y sin cesar también mueve a la idea, y esta acción es vida, y todo reposo es muerte. El que pretende vida en términos de muerte concebida, no es un luchador, ni menos un luchador quijotesco. Y si no veamos las frases que suelta en uno de sus ensayos: ("Mi religión y otros Ensayos").

"Yo no sé si algo de lo que he hecho habrá de quedar por años o por siglos después que me muera; pero sé que si se da un golpe en el mar sin orillas las ondas en derredor van sin cesar, aunque debilitándose. Agitar es algo, si merced a esa agitación viene detrás otro que haga algo duradero, en ello durará mi obra".

Y estas otras: "Y lo más de mi labor ha sido siem-

pre inquietar a mis projimos, removerles el peso del corazón, angustiarnos si puedo”.

En esta agitación está la vida eterna. Si después de él viene otro que piense en hacer cosas definitivas, el ardor de la misma se habrá extinguido. Mas si todos pensamos en agitar para lograr posteriormente algo; si todos ponemos en este puede ser de que antes os hablaba nuestro fervor, en ello durará hoy y siempre la obra de todos los hombres. Porque toda vida es una obra, para nosotros y por nosotros patentizada. Y no digáis que esto no es definitivo, porque lo es y en grado máximo, pues esta y no otra es la única definición para nuestra mente de la vida total en que vivimos. Y si después de nosotros vienen otros hombres que crean encontrar en el mundo cosas ya hechas, como yo lo creí cuando era niño, tendrán que caer en la cuenta que no hay nada hecho aun y que todos hacemos para nosotros lo que en nosotros toma vida. Y aun si al ponerse a meditar las más altas verdades poéticas, puestas en boca de los más universales de los poetas, creen haberse comunicado con ellos totalmente, tendrán que llegar a entender que esta comunicación no es más, que la comprensión de sí mismos. Del sujeto hombre y no de los hombres. Aquí hago uso de la explicación hecha por Unamuno: para entender lo anterior, es necesario tener sabido que son muchas las palabras que al pluralizarse cambian su naturaleza. Esto es el misterio de la vida del idioma; que se recibe únicamente con sentimiento vivo del mismo.

Podemos decir, en suma, considerando lo anterior, que si no hubiera oposición no hubiera lucha y esto

es precisamente lo que tanto nos importa; la oposición de la voz del individuo contra la vibración universal. Es el sentimiento trágico de la vida y de la muerte, la agonía que nunca se resuelve y que sin terminar de vivir está muriendo siempre.

Es frecuente oír que Unamuno no ha hecho buenas novelas de acuerdo con el acostumbrado juicio crítico, en lo que a esto respecta, y cuesta trabajo creer que haya quien juzgue a otro hombre en términos de tan superficial frivolidad. Decía que del criterio discriminador de lo bueno y lo malo puede pensarse cuanto se quiera, ya que todo es cambiante y cambiante en el transcurso del tiempo. Pero decir buen o mal novelista, sin penetrar un poco más la esencia de quien escribe, es un atropello a la calidad générica de hombre. Porque se hace uso al enunciar juicio tan atrabilario de una serie de lugares comunes en el asunto, y que nos llevan a la creencia de que no hay sino muy pocos hombres ¡Y por buena fortuna todavía los hay! que juzgan en totalidad en afán de unificación, sin traer a cuenta todas las ramplonerías que se barajan y desbarajan en estos juicios; tales como aquellos de la unidad en la novela, de la potencia de los personajes, sus "caracteres" y sus reacciones psicológicas, y otros tantos desvaríos más, que menciono sólo porque, al leerlos, no me puedo quedar con ellos dentro. Otras veces se hace uso de la comparación con otras obras que, por haber sido las primeras, dieron vida al género, como si éste no fuera gene-

nable en infinidad de veces, siempre que haya alguien que sea capaz de hacerlo con su fuerza mental y sentimental. Se establece entonces diferencias que por redundancia u omisión las separan totalmente, y viene a quedar la nueva obra en desmerecimiento tal ante la "clásica", que por ello se le desprecia y no se le dá crédito ni fé. Esto es lo de todos los días, en achaque de vida literaria; gustar y regustar en forma idéntica el mismo conocido sabor; y no les pasa por el magín cosa tan elemental a muchos "críticos", como es la de que en forma distinta se pueda tener ese regustamiento de la única materia gustable en virtud del arte, que es la vida. La vida de la que tenemos parte en nuestros seres.

Apareció Unamuno en una época en que ya se tenía idea formada acerca de la novela española: Le antecedían en el tiempo Pereda y Pérez Galdós, distintos, pero que se hacían uno en el común exaltamiento de todo lo español, y muchas veces, válganos la irreverencia, de la ramplonería española. Tal fué el clima en que nació "Paz en la Guerra", en la que ya se anuncia el singular proceder de este hombre que en torno a la guerra carlista va dejando caer, apenas entonces menudeados, sus pensamientos profundos y muy particulares. La paz en la guerra y la guerra en la paz, la paz-guerra; a falta de inventar una palabra que resume las dos opuestas haciéndolas vivir en un solo concepto de la vida social.

Tal es el anunciamiento de sus aforismos posteriores, que son, para mí, el compendio de su obra, pues son relaciones abreviadas de su incansable pensamien-

to difundido, como agua prodigiosa, en toda su existencia.

Hay en esta novela todavía un afán por hacer de los hechos vida separada, pormenorizando sus relaciones y sus trascendencias; en los personajes se esboza ya su posterior procedimiento, pero aun ellos tienen todavía vida de relato, de anécdota dicha de fuera a fuera. De fuera del escritor a fuera del lector, sin llegar aun a precisar desdibujando ese particular sabor de la vida inatrapable nunca (y siempre). Aun falta, en "Paz en la Guerra", ese poder de abstracción que después manejará Unamuno con tanta sabiduría, guiando al pensamiento suave, lentamente, como si se siguiera el curso de un arroyo y sin sentir, llegar al entendimiento de sus intenciones. ¿Cuáles eran éstas en obras como "Niebla" "Abel Sánchez" o la "Tía Tula"? Fijar el pensamiento en todo y en nada, hacer vivir los personajes en vida intensa por momentos, así como en el alma viven nuestros impulsos, poner de realce en determinado caso una acción o pasión humana, sin escudriñar raciocinando sus alcances, sino dándola íntegra, sin tanteos ni pergeños de análisis psicológicos, y envolviendo todo esto en la niebla de lo sueños humanos y extrahumanos que pasa sin cesar, para dejar siempre tras sí otra idéntica e impenetrable niebla eterna.

Es aquí, donde otros ven la escasa claridad, la poca fuerza, los caracteres imprecisos y otros lugares comunes, donde yo alcanzo la mayor trascendencia de la novela unamuniana; en esta nebulosidad blanca, que absorbe todos los matices y que más allá de la soberbia de una índole humana, o de las circunstan-

cias enlazadas lógicamente del acontecer novelesco, nos da la entrega absoluta de la vida universal en perpetuo movimiento.

Tengo en preparación un escrito en que pondré toda mi solicitud, para lograr una resumación de la novela de Unamuno; en estas líneas no hago más que soltar a la ligera las ideas que en éste respecto me han venido; por ello, no he de empeñarme en grabar profundamente las especies que la singularizan; y esto se me puede perdonar, si se atiende a que, aún sobre la determinación de factores de tiempo, circunstancias políticas, económicas y de cultura, está la idea "viva", palpitante, y que en mí ha despertado la novela de este autor y que a grandes rasgos aquí enuncio, para establecer una conexión más de mi idea con aquel ya tan dicho sentimiento de lo plástico. Y precisamente si pensé hacer referencia a este tema trayendo a cuento la obra de Unamuno, es porque en ella no veremos nunca la obra de un hombre que vivió, sufrió y amó en una época, sino el sentimiento siempre vivo de quien no deja de vivir nunca, así como Don Quijote o Segismundo de "La Vida es Sueño".

Eduardo Gómez de Baquero, en su ensayo "Unamuno Novelista", ha detenido su atención solamente en "Paz en la Guerra" y creo yo, será porque es la única novela de Unamuno que expone rasgos físicos del pueblo español, y agitación política y hechos nacionales; que viene a dar, en varios personajes que cobran vida simultánea, la misma vida que tuvieron en una persona de novela; en el Gótz de Berlichingen los azares de la vida alemana que cambiaba de rum-

bo. Creo, digo, que sea por esto, porque se usa hoy hablar con mucha frecuencia de literatura nacional, sin que muchas veces se sepa qué es lo nacional, y todo aquello que aún fundado en ello, y todo lo está invariablemente, tiende a libertar el pensamiento de la relación de hechos y sucesos diarios, no se le concede valor nacional, como si las palabras de un hombre que piensa, no estuvieran siempre referidas al pueblo que le ha dado lugar, actividad, y significación. Así pues, pienso que es ocioso ponerse a la tarea de hacer una relación circunstancial en los factores que concurren a la obra de un novelista, pues no se debe olvidar que llegamos por este camino a un lindero en que es imposible precisar hechos y derivados y menos aun causas y efectos, ya que éstos en aquéllas se comprenden, y se hacen uno para quien vive las obras escritas intensamente, que es vivirías en lo interior de nuestro ánimo. Tal es el valor, para mí, de una obra como "Niebla" en que el autor ha entendido que su palabra es tan sólo un llamamiento al anhelo dormido en el fondo del alma, de todo aquel que vive de comprender la vida infinita, y va dejando caer en estas palabras los hechos de una acción que puede ser actual o pasada o que según el entender de él es eternamente actual por ser siempre presente.

Y esto es lo que mejor determina la segunda época del Unamuno novelista, porque es época sin limitaciones de tiempo y de lugar, sino que por acercamiento al lugar y tiempo ideales, al no lugar y al no tiempo, que es imposible medirlos, nos da la obra de trascendencia tal, que bien podría ser en las letras espa-

ñolas una fuente de renovación para la novela, sin prestigios ni alardes de nacionalismo, sino con un contenido íntegro de universalidad, en la que se hacen más fuertemente expresivos los afanes del hombre que vive en España y en el siglo XX. Y esto lo digo no para coincidir, aunque sea en parte, con los exaltadores de la novela de tiempo y la novela social, sino para hacer notar aquello que Unamuno ya dijo acerca del sentimiento de la Historia como algo vivo, que forman constantemente los hombres, al igual que al engendrar un hijo, haciéndola carne de su carne y sangre de su sangre, muchas veces evitando la consideración de hechos inmediatos, que es lo que frecuentemente se llama Historia, para formarse una conciencia, que juntando todos los hechos, los resume y los hace reales y vivos poseedores de un dinamismo que sin cesar nos mueve en vida. Esta es la Historia de siempre, de lo que fué y no fué, de aquello que al expresarse en el verso nos da la idea perfecta de su significado, como todo lo dicho por poeta verdadero que es hombre verdadero, hombre eterno.

"Y pues vemos lo presente
como en un punto es ido
y acabado
Si juzgamos sabiamente
daremos lo no venido
por pasado.

(Jorge Manrique "Coplas")

Y si todavía al leer estos versos hay quien objete aquello de la escasa claridad; habría de decirle que ésta no es la brutalidad ni la rudeza, que para la cla-

ridad de un alma encendida en amor por la vida, basta un verso para explicarlo todo, y que si se quiere índoles humanas bien definidas y limitadas, que se busquen en libros de esa ciencia tan poco científica que algunos han llamado Psiquiatría, pues para un hombre que no pretende entender a sus semejantes, sino tan sólo comprender su naturaleza, toda explicación geométrica es bien falsa y anecdótica, porque es en ese desconocimiento donde está el tema de toda poesía eterna, y la poesía es la vida y ésta en aquélla se ilumina explicándolo todo sin explicar nada, porque el todo y la nada son humanos y la vida es extrahumana e impenetrable.

Esta es la idea fundamental, la de la niebla que todo lo envuelve en nosotros, envolviéndonos al mismo tiempo, la que guía a Unamuno en el planteamiento de sus temas novelescos; pues nunca hallaremos el enredo amoroso limitándose solamente para sí, como centro del mundo, a la usanza de las historias románticas, sino que superando los empeños individuales que en el amor se agitan, está aquella indefinible conmoción de la vida que siempre nos pregunta; ahora sí, ¿Y después? En este después que siempre está llegando y que a pesar de ello esperamos incansablemente, ha puesto Unamuno su pensamiento, porque aun cuando en el primer término del cuadro novelesco el problema se resuelva en hechos bien definidos, en el fondo de él se ven los esbozos de aquellos afanes que son de todos y que siempre quedan insatisfechos, como si estuviéramos condenados a una sed eterna.

Esto lo digo al referirme al Unamuno de la se-

gunda época, no al de "Paz en la Guerra", en que domina, sobre el hombre de ideas, el maestro que pretende explicar los hechos históricos, con una visión de predicciones al futuro.

No había entonces enunciado todavía su profunda conciencia del presente eterno. —Yo he visto en los proceder de este Unamuno, una culminación a la tendencia más claramente definida de los hechos literarios españoles, y es la siguiente: Ya Azorín dejó asentado muy concisamente la poca lógica y escasa coordinación que hay en los hechos del teatro clásico español, que es nuestro mayor orgullo, y de qué modo éstos se presentan muchas veces repentinamente, sin antecedentes ni previa situación en el ánimo, sino por sí mismos, por su misma fuerza de vida real que todo lo absorbe. Esto es indudablemente definitivo, no sólo en el teatro sino aun acentuado en la novela, en que invariablemente se presta mayor atención a la vida del hecho que a las fuentes en que esta vida se ha formado. Por eso, la novela picaresca española tiene tal fuerza de vida actual, porque los hechos son invariables, aunque las fuentes sean distintas, y llegamos con esto a explicar la vida del hecho como lo fundamental, ya que lo estable es lo único capaz de dar vida a otra cosa, y lo estable es la fijación entendible de las fuerzas dinámicas. Es por ello que el hecho es la fuente de sí mismo, la vida explicada en sí y para sí.

Estoy seguro de que Unamuno, conocedor profundo de las letras españolas, sabedor del procedimiento desenvuelto en ellas en el correr de los siglos, quiso lograr un nuevo fruto en este recuento de lite-

ratura, y aun cuando recuerda a autores extranjeros, afirma con ello lo más español del contenido vital de las letras españolas.

"Renacimiento es acomodación para afirmar más los propios valores" dijo Azorín y Unamuno así lo ha probado. Porque los hechos exaltados y ardientes muchas veces sin explicación concebidos de la vida española, nos están diciendo también que otras tantas nacieron de un impulso o del ardor de la sangre encendida en calor de acciones de valor o de soberbia y esto es lo propio, lo español por naturaleza. Tal es por lo que, dígame lo que se quiera, yo sigo creyendo que es más español Ortega y Gasset, con todos sus defectos, que Pérez Galdós con sus virtudes, porque el afán de afirmar hechos, vitalmente, sin investigar causas de uno, contradice el escrúpulo de relaciones circunstanciales del otro y lo primero es más español que lo segundo, traído esto último de los novelistas franceses, aun cuando se haya plasmado en el anecdotario histórico de los "Episodios Nacionales". Y más español que todos en España fué Unamuno. Vedle siempre con ardor defender la potencia de los hechos y más aun la fuerza del hecho invariable que es la vida humana. Este es el español anhelo que dió vida a "Niebla" a "Abel Sánchez" y a "La Tía Tula", novelas en que los hechos se ayunta y nos dan en integridad el hecho único; el de vida y el de muerte. Este es también el valor indescriptible de Unamuno; la afirmación sobre lo español del pensamiento humano uiversal.

Las contingencias son primordiales en la novela unamuniana; casi podríamos decir que todas ellas son

en sí eso; la aparición de un hecho inesperado que así como se presenta se va desvaneciendo en el ánimo, por la presencia de un nuevo hecho que cobra importancia principal. Pero siempre mantenidos, en un temblor de ánimo, en el ambiente de lo inesperado, del estupor que en nosotros se prende al enfrentarnos con la vida.

Es de notar en estas novelas que el personaje principal es siempre un hombre, y con ello no hace Unamuno sino poner en el mundo que él ha elaborado, la idea tan antigua de la primacía en la finalidad del hombre sobre la mujer. En esta idea él se ahincó tanto, que lo hizo escribir en aquellas admirables líneas de "Nada menos que todo un Hombre" todo su pensamiento en este respecto, que mejor que una teoría pseudocientífica ha quedado ahí patentizado; el de que, sobre alardes de actividad sexual desenfrenada, y aún sobre hechos de soberbia, que se toman como manifestaciones de valor, existe una calidad, por lo cual sólo el hombre vive las cosas intensamente dentro de sí, con recogimiento y serenidad. Esta cualidad se refleja en sus novelas en la figura y en el comportamiento de quien por encima de equívocas interpretaciones, es por su austera soledad y dominio de sí mismo; "un hombre".

Esta idea correspondió a la que fué guía en la vida de Unamuno que unía a sus altas dotes de pensador, la conducta irreprochable de noble varón, vestido de toda mesura y ponderación en el obrar. Y así también, dando a entender el lugar que ocuparon en su vida las mujeres, y no digo la mujer, Unamuno las sitúa en sus novelas, como la forma necesaria para que

toda potencia tenga vida, vida de acción y de movimiento.

La idea contrapuesta, indispensable, de forma y potencia que en la mujer y en el hombre tienen significado, es lo que da como resultante, el advenimiento de los hechos novelescos, que como derivados de algo que siempre está engendrando vida nueva, no se termina, como en "Niebla", en la trama de la novela, sino que el autor ha procurado prolongarlos en quien los lee, hasta donde sea posible, para dar con ello la clara idea de la eternidad en la vida de los hechos, del presente eterno en que se mueven y a nosotros nos conmueven.

LOS ENSAYOS

EN la obra de Unamuno, es difícil establecer de modo preciso, los distintos géneros literarios que ejercitara el autor. Tal acontece con todo escritor que sin limitarse a un modo determinado, escribe su pensamiento como algo inasible para las clasificaciones, que bien puede acomodarse a la novela, al ensayo, o quizás hasta al mismo verso. Lo que se ha reprobado a Unamuno, de que sus novelas son ensayos novelados, es injusto. Hay en estas novelas, es cierto, un afán de desenredar ideas y de establecer la última verdad en el examen de un tema; pero hay también en ellas tanta sincera conmoción de ánimo, que habría que ser insensible para que no llegara a nosotros su estremecimiento. Esto, que se ha dicho respecto de la novela, creo podría decirse de todas y de cada una de sus obras. El mismo llegó a explicar en páginas inolvidables el poder de raciocinio que un poema encierra, en sus "Soliloquios y Conversaciones". Pero lo cierto es que aun cuando se puedan apreciar estos cruzamientos en la forma, que es lo que un género limita, en el fondo sólo existe, en novelas

y ensayos, en poemas y obras dramáticas, el pensamiento del hombre, de Miguel de Unamuno.

A pesar de esto, he escogido en el desenvolvimiento de este escrito el análisis de las formas, que es ir separando mis consideraciones hasta donde ello sea posible, para ceñirme en orden sucesivo al estudio de cada uno de los géneros, en que la obra de Unamuno quedó plasmada.

Tarea difícil es ésta, pues ya os decía que el fondo común es invariable y que bien podría ir soltando mis ideas de modo menos ajustado a estos géneros y el fin sería el mismo; pues es la resonancia que en mí se dilata por la trágica voz de Unamuno, que la expresó sin cesar, y por la que siento ilimitada admiración. El dijo que admirar es amarnos a nosotros en nuestros semejantes, y sólo así este amor a nosotros mismos puede ser fecundo, y puede echar raíces tan hondas en el alma, que llegamos a decir, desarrollando el pensamiento del maestro, que admirar es amar a los demás en nosotros, y más aun, si la admiración nos arrebatara la razón, es porque estamos henchidos de amor a tal grado, que somos amor todos nosotros y con nuestros semejantes estamos unificados de modo indisoluble. Tal es el hecho que yo he notado en mí, que si yo juzgo a Unamuno es porque le comprendo, que sólo se puede explicar lo que se siente. Explicarlo totalmente, con el latir del corazón y el hinchamiento de las venas del alma.

En el estudio de los ensayos, veo dos asuntos principales que son, según mi entender; el qui jotismo y el castisismo, que en el españolismo se resumen. Y creo que son estos dos temas los principales, porque aun

cuando hay muchos ensayos dedicados a otros distintos, puede decirse que en la raíz común está la idea del amor que arrebató la razón, que es quijotismo, y la idea de explicar únicamente lo que se siente por propia naturaleza, que es el castisismo. Aparte de que estos dos asuntos denotan eficazmente las categorías que en toda idealidad existen; la del fondo y la de la forma que son en este caso de la españolidad.

En muchos escritores españoles del siglo XIX hubo un afán por analizar las obras antiguas de la literatura nacional, y muchos de ellos, en quienes brillaban verdaderas dotes de penetración hicieron luz, la luz de ellos claro está, en asuntos y procedimientos de las letras españolas. Tales son Menéndez Pelayo, Azorín y Menéndez Pidal, que más que Ortega y que Baroja tienen verdadero poder, de conocimiento y penetración, para generalizar partiendo del singular tema de la literatura de España.

Unamuno dejó también limitados los hechos que son especies de la naturaleza española y que en el Quijote como un breviario están resumidas todas en una. En la idea del amor sobre todas las cosas, y que es la que alentó la vida del Buen Caballero y la de Sancho, vidas paralelas que bien podrían también unirse en una sola o en muchas vidas de hombre. La obra de Unamuno fué siempre quijotesca, así como es unamuniano el Quijote, ya que ambos, separados de nosotros por el tiempo, los sentimos hoy vivir tan realmente como nosotros mismos. Porque vivir es luchar y Don Quijote y Unamuno están hoy luchando en nosotros y en nuestros semejantes.

Pienso que todo aquel que lea español y haya leí-

do el "Quijote" debe leer a Unamuno. Quizá porque no le conocí en persona su ser, lo siento tan cercano como el de cualquier personaje de sueño, pues es frecuente que dos seres que se conocen a distancia, y a distancia se entienden, al ponerse uno frente al otro, se separan, como si el acercamiento de la materia de los cuerpos, distanciara la materia de los sueños que los unen.

Hoy viven muchos hombres que conocieron a Unamuno, y le oyeron y le amaron, y quizá por eso, por ese estricto amor al hombre, no sienten la justa admiración por su pensamiento; porque fué Unamuno extraordinario caso de vida mental; tan fiel a la idea de la locura sublime, que bien podría llamarse Don Quijote Unamuno, pues es imposible establecer separación para quien conoce a ambos en sus inclinaciones, aun cuando al Caballero Andante en persona, se contraponga la del severo maestro lingüista, creador de la doctrina del sentimiento trágico de la vida. Estas son cosas de hombre en el mundo, las andanzas y las letras, pero hay algo que a ambos une y de modo indisoluble, y es el ardor para luchar, el deseo de salir de sí mismos para vivir en los demás, y el de hacer vivir a los demás en sí mismos, esto es; ser ministros de la justicia en la tierra y "brazo por el que se ejecuta". Y esto, dice Unamuno, es español, es el pecado y la redención del pueblo al cual los dos pertenecieron. Y ambos, Don Quijote y Unamuno que amaron la potencia de los hechos y ésta es la idea que los genera, lucharon por obtener hechos nobles animados por idea y sentimiento de igual naturaleza, que poco importa el obrar, si no se obra dándonos con

sinceridad en nuestros actos, así sean éstos vistos como locuras y visiones de una mente trastrocada, siempre que sepamos que están alentados por aquel espíritu de amor en que Unamuno creyera.

Esta es la luz que guía a los pasos de ambos; amarse a ellos tanto, que este amor vertido hacia dentro les dió afán de gloria que es vida eterna. Esto en Don Quijote es Dulcinea, obra de su vida, y en Don Miguel es la vida de su obra, porque nadie como él soñó con la gloria verdadera, con el Unamuno impercedero en sustancia ideal, mas no en fama literaria.

Ese es el verdadero amor; que al desbordarse en nosotros de vierte en la carne y en el alma de otros seres, éste es el amor de hombre; de integridad de vida en madurez de espíritu. Este es el amor que hizo huir a Don Quijote y a Unamuno de los amoríos fáciles, porque solo quien ama intensamente la verdad de la vida, puede despreciar, pasando sobre el latir del corazón que se agita en momentos de lujuria, el engaño amoroso, en que se pervierte la conciencia clara del amor eterno que eterniza la vida.

Don Quijote y Unamuno amaron los dos de igual modo a la mujer en que su potencia había de verse, para prolongar la vida, más aquí ¡pobre Don Quijote! no pudiste perpetrarte en la carne de otros hombres, pero vives en el alma de todos aquellos que te conocen.

Si alguien viniera a hablarme de aquella teoría que llaman fisiológica, del grito de la especie que no se satisfizo en Don Quijote, yo diré que para mí, es tan físico el cuerpo como el alma, y tan metafísicos los dos y tan inexplicables, que no entiendo cómo se ha lle-

gado a pretender explicar la vida de un hombre tan sólo por los hechos que impresionan los sentidos. Pobre vida sería la nuestra, si creyéramos sólo en tales necesidades, si no pudiéramos en ratos de sublimes alcances, comunicarnos con la voz del todo de que Goethe nos habla en su "Fausto". Porque cuerpo y alma que soy yo, no tienen vida distinta sino única, y si los nombramos con palabras diferentes, es porque para nuestro entendimiento es necesario separar para establecer unión posible, y las palabras os decía anteriormente nos dan cuenta del sueño de la vida que es nuestra existencia, pues sólo con palabras se hace vida propia, y yo por eso quiero ver en las teorías de los fisiólogos alcances para establecer uniones más trascendentales. Don Quijote adivinaba en las palabras sencillas de Sancho altas verdades, y con ellas hacía su mundo luminoso de creencias y Don Miguel de Unamuno en la imitación de los hechos de la vida del noble Caballero, vió la salvación del pueblo de España y de todos los hombres del mundo, y así decía: "La voluntad es la que nos hace el mundo, y nada se conoce sin haberlo querido antes" lo cual es un antecedente para aquello que antes os decía de que nada se puede explicar cuando no se siente, o por mejor decir, al explicar algo, es porque lo estamos sintiendo vivir en nosotros.

No créais que me hago eco inconciente de las palabras de muchos, y entre ellos Unamuno, al expresar la creencia en la vida real y eterna del Quijote. Esto es algo que siempre ha sido motivo de mis meditaciones, pues al contrario de Ortega y Gasset, yo pienso que la especie se conoce por intermedio del indi-

viduo y que este conocimiento es el único que alcanzamos en vida, o quizás el único que perseguimos alcanzar, ya que cuerpo y alma y vida son inexplicables. Que hay un quijotismo de Cervantes es cierto, mas el quijotismo verdadero y real, que deriva de cosa primera, del Quijote, es el del Noble Caballero y la especie humana es en este caso una mera abstracción y las palabras que a ella se refieren lo son también, no vale por eso decir a secas del quijotismo pero sí es clara la sentencia cuando aludimos al quijotismo de Unamuno, de Bolívar, o de Don Quijote de la Mancha, pues todos ellos están unidos por el único principio dinámico que es la acción humana. La obra de un hombre se anima en la fuente de sus hechos y lo único real en Don Quijote son los hechos heroicos, como en Cervantes la Literatura. Y aunque Don Alonso El Bueno no hubiera existido en el mundo, y es probable su existencia, no es esto lo que mejor nos comunica el aliento vital eterno que él encierra. Porque aun cuando convivamos con un ser, no cobra éste vida real si no lo hacemos vivir en nosotros. Y decidme, si muchas veces teniendo cara a cara con vosotros una persona no os parece pálida e irreal, como si estuviera solo dibujada en el recuerdo. Y sueño y recuerdo son la vida anterior al sentimiento y a la conciencia plena de los hechos; y esto se consigue por el poder de la voluntad que todo lo comprende y lo justifica.

Voy más adelante. En un hecho de un hombre se encierra un mundo de acciones de todos los hombres y de cada uno de ellos. En esto está fundamentado el inagotable vigor de las acciones quijotescas,

Bastaría tan sólo una de ellas, para forjar una fábula en la que se encerrara todos los antecedentes y consecuencias de nuestro obrar en la vida, pues si vemos atentamente el Don Quijote de la aventura con los molinos de viento, notaremos que no es el mismo que el de Sierra Morena. Y es que él mismo se iba modelando en sus acciones. Y después del ardor aventurero desenfrenado, necesitaba el íntimo recogimiento de las horas en que se está a solas, en que era por estar solo con él, más Quijote, más conciente e íntegramente identificado con su idea.

Y que me vengan a decir que hay que distraer la mirada y no detenerla solamente en Don Quijote, y que el quijotismo es de Cervantes (Ortega y Gasset). A lo cual yo diré que esto es una fórmula más complicada, que bien puede llamarse; el quijotismo cervantesco de Ortega, pero que en el fondo no es más que el quijotismo orteguista de Ortega, pues es un especial modo de comprender la esencia del Quijote que en Ortega y Gasset tiene valores propios (Y quizá ni tan propios).

Es muy fácil confundirse y perderse en la materia plástica del lenguaje. Yo prefiero para ser fiel al pensamiento de que la claridad es sencillez, referir las palabras a su fuente inmediata que es la acción. Me asiste para ello mi fe en el Quijote y en su inagotable poder creador. Pues una obra es para mí persona impersonal, sustancia humana deshumanizada, en el sentido estricto del término, pues esta deshumanización vaga y abstracta sólo es posible cuando a ella se impone el hecho categórico y real y definitivo de la individualización conciente de la obra. Lo cual

se expresa en términos absolutos en aquella sentencia de "Vivir una Obra" vivir cada uno de los hombres el Quijote, vivir hoy y siempre la gran obra de la vida, de nuestra vida y la de todo lo que existe.

Esta es la postura de Unamuno en su afán quijotesco, vivirlo él, Miguel de Unamuno en alma y aspiraciones, que mueven luego las fuerzas del pensamiento y la acción. El mismo sentimiento trágico de la vida es quijotesco; es el horror de dejar de ser, es la afirmación del individuo en sus acciones que repercuten en sus semejantes, y que se sabe capaz para emprender aventuras sólo por él hacederas.

En esta andanza, que es nuestra vida, Unamuno fué siempre unamunista, porque él sabía que sólo en lo personal se puede penetrar lo universal, y que alardear de idealista sin conocer las fuerzas y flaquezas del individuo humano, es un disparate, y que el sentimiento apasionado puesto en las acciones es lo que hace que éstas tengan fuerza capaz de hacer que se les imite, lo que vale decir que por la imitación se les hace fecundas. Pues más puede una acción noble, que un discurso en que se prodigan palabras en elogio de la nobleza, y nuestras vidas son, para los demás hombres, hechos de vida. Esto es para mí donde radica el sincero quijotismo de Unamuno, como decía, en el amor por la potencia de los hechos que son movimiento de esa sustancia ideal que es el acontecer, y que se logra por la inclinación resuelta de la voluntad humana, de nuestra voluntad, la de Unamuno y la de cada uno de nuestros semejantes.

Don Miguel, como Don Quijote, despreció la fría apreciación que reside solamente en razones. Más

lo conmovía esa irreflexiva e impetuosa admiración que se remonta a la fe creadora, para quien así admira, de vidas nuevas, puestas todas en el objeto de su admiración. Y no es que la admiración la genere la ignorancia, pues es lo contrario, es la sabiduría suprema de la naturaleza toda, vertida en la naturaleza humana, y que inclina sin análisis ni recuentos nuestro ser, hacia algo que lo atrae y en lo que se ve reflejado. Porque más goza quien admira que quien es admirado, en uno está vibrando la fuerza activa de la íntima conmoción, mientras en el otro sólo se mueve la conciencia racionadora de saber que se es algo precioso para otro ser. Y así Unamuno, admirándose a sí mismo, y a todo aquel que lo admirara, logró en ello meta suprema: Admirar todo lo que existe; y en esta exaltación de los hechos forjar para él un mundo de sueños quijotescos. De la misma manera, Don Quijote vió en los seres inanimados ejércitos de hombres y llegó, en virtud de su soberbia modestia, a admirar a quien más le admiraba, al buen Sancho de las ideas pobres y los cortos alcances.

No es posible al ver la obra de Unamuno, dejar en blanco el capítulo en que hace referencia al Casticismo, y no es solamente porque haya dedicado a éste asunto cinco ensayos ordenados, sino porque en toda su obra están puestos de realce aquellas dotes auyas de gran comprensión y entendimiento del espíritu castellano y en especial de su lenguaje expresivo. Contra todo apego a doctrinas tradicionalistas, y no digo a tradiciones, Unamuno nos ha dado una

clara y limpia idea de lo castizo. Haciendo hincapié en la verdadera naturaleza de los cambios del idioma, que es la sangre del pueblo, y sin atender a rezagos de gramatiquerías, Unamuno da la clave del único y legítimo "decir bien", porque dice bien quien bien piensa y quien bien siente, y no aquel que por permanecer absorto en antiguallas de expresión, deja pasar la vida actual que es la que él determina. Porque sólo en el progreso real está fundado todo conservatismo sano y fecundo. Y hagamos a un lado las variedades que han inventado los llamados conservadores, que lo son sí, pero no de la pureza de la lengua, sino más frecuentemente de sus vicios y perversiones.

Para estudiar un idioma con verdadero sistema científico es necesario dejar pasar por alto las reglamentaciones establecidas anteriormente, pues como acontece con el español, muchas de ellas fueron aceptadas en épocas en que no se tenía perfecta idea del "decir bien" español, y se sustituía esto por el de "bien decir" que no viene a ser lo mismo, y de esto da fe, la relación tan distinta que se establece en la mente por el simple orden de las palabras, que en un modo obedecen a ley españolísima de construcción, y en el otro a afectación adoptada de lengua distinta; y así queda probado de una vez por todas que en achaque de escritura, no pega aquella seudo verdad matemática de que el orden de los factores no altera la suma de ellos, ya que alterar es cambiar esencia y no forma, y donde quiera que se trueque el orden se cambia la esencia que es naturaleza, si no la sustancia que es una y perdurable en todo lo que es.

El idioma español, tal como hoy se le conoce, es el cuerpo de una formación de siglos, en la que han participado innumerables factores, muchos de los cuales hoy ni siquiera conocemos, ni por la más remota referencia. Todo estudio de historia lingüística, que es remontable a los orígenes del hombre, es incompleto, si se atiende a que en ello está de por medio las escasas noticias que tenemos del verdadero hombre primitivo, si no del primero, y esto si hubo uno que fuera el primero. Pero con todo esto y al entregarnos al estudio actual de nuestro idioma, es necesario admitir verdades generales establecidas, como en todo objeto de estudio, y ver de qué modo éstas son aprovechables para hacer la mayor luz en el asunto. Se tiene hoy sabido, por la mayoría de los hombres dedicados al estudio del lenguaje español, que el único modo de conservar la corriente primera animadora de este idioma, es haciendo referencia siempre al latín, del que nació; y hay muchos que recomiendan para expresarse con apego a una pretendida pureza recurrir a nuestros clásicos que son en quienes ya se halla el español formado. Y yo preguntaré si es que en un idioma se puede aplicar el adjetivo "formado", y si no es, el de "formable", el único que debe usarse. Porque en verdad los clásicos usaron el español que conocieron, y al estar tan cerca como lo estaban de sus orígenes, pudieron tomarlo en su reciente, pero ya bien conformada naturaleza. Por eso fueron ellos clásicos, pero en nuestros días lo clásico ya no es lo que ellos conocieron como tal.

Vivimos en una época en que el lenguaje circula en forma de impresos de un modo tan abundante, que

es raro lo que se piensa y no se escribe. Por causas económicas, políticas y demás, las controversias se ordenan y se dan por entregas en los escritos que diariamente salen a la luz. De este espíritu de lucha, y no de serenidad, ha nacido una jerga especial, jerga periodística que se llama, y que es ya el lenguaje que todo mundo posee y en el que se expresa al formarse en él. Esto es lo clásico, lo clásico general de nuestra época; pero a su vez, existen los modos clásicos de expresión, el del letrado, el del científico, etc., hasta el del gañán que sin preparación alguna escribe como su pobre comprensión le da a entender. Y no por esto hemos de decir que escribe mal, porque quizá sea pobre su comprensión en asuntos de idioma, y no en el de las ideas que es de vida total.

Así pues, desempeñan papel de rezagados los que sin atender al enorme contenido vital de esta palpación diaria, ponen oídos sordos al estrépito y no hacen más que repetir, repetirse ellos, y muchas veces sin verdadera e intensa conmoción de espíritu, las palabras de nuestros clásicos.

Decía anteriormente, que el único modo de conservar nuestra tan elogiada riqueza lingüística española, es el de hacer a un lado los prejuicios, porque aunque todo pensamiento es en cierto modo un prejuicio, no toda palabra lo es, pues que nace espontánea sin pensar en ella, sino dándonos capacidad para pensar por ella. Esto no quiere decir, y he de aclararlo, que yo crea que es sano cambiar el lenguaje hasta tal grado, que no sea Español lo que hablemos. Mi amor por los clásicos me mueve a gustar de ellos hoy y siempre, sin embargo de ello, ¡Cuántas palabras que ya

aparecen en sus obras tuvieron origen al obedecer a una necesidad fonética que las deformó, o a una adaptación gráfica, o a un mero disparate; que dió una palabra distinta y que hemos después heredado! Tenemos noticia de las palabras únicamente por los escritos, y estos que a menudo fueron hechos sin una atención minuciosa por parte de quien los escribiera, han pasado a días posteriores sin modificarse, y no es raro hallar en estos escritos palabras con escritura trastrocada, y que es lo que los pedantes llaman "falsa graphía".

Cuántas de estas falsas gráficas, han influido de modo definitivo en el idioma y de igual manera las necesidades en la pronunciación han trocado la naturaleza de muchas voces. Y si no, veamos el ejemplo de esta palabra: Mancha, que es hoy españolísima y que debería decirse maja, pues obedece en estricto orden, al cambio del grupo consonántico *cl* en sonido iotizado. Y así, en lo más clásico de nuestros clásicos, nos salen al paso en diversidad de formas que los minuciosos han pormenorizado ya, palabras nuevas, y digo que es lo más clásico, porque son palabras que representan certeramente la clase del idioma, que aun recién formado, hacía muchas veces a un lado el recuerdo apegado al Latín para dejar lucir con alarde pomposo, el gracejo propio del pueblo español.

De este modo, en innumerables relaciones de anterioridad o simultáneas al desenvolvimiento del idioma, fué éste cobrando vida más universal por cuanto que incluía en su crecimiento no solamente la ley de evolución sino también la de adaptación, lo que quiere decir que se modelaba en el tiempo y casi podría-

mos decir en el espacio, pues la materia verbal puede cambiar de naturaleza, hasta por factores de ambiente y de lugar, que originan estados de ánimo diversos. Y si no, esto que aquí os digo de baratijas literarias, decidme si no parecerá absolutamente vacío, al ser dicho en el campo y en voz alta, y como aquellos versos de Virgilio, pongo por caso, de pasmosa sonoridad que están en "La Eneida", son más sonoros en nosotros, si se dicen fuertemente y a la orilla del mar:

"Arma virumque cano, Trojae qui, primus aboris".

Esto, que está expresado totalmente en forma y fondo en el refrán popular: "No es la oración para ser dicha en festines", es de gran importancia en la historia de nuestra lengua, ya que una palabra aun cuando pueda haber tenido origen en un ambiente propicio a su generación, pasa luego por generalización a ocupar un lugar en el entendimiento de una mayoría popular, lugar que le designa la adaptación de las voces a la Naturaleza del pueblo que las adopta.

Nuestros poetas bucólicos, que cantaron el campo con palabras campestres pero reclusos en claustros ciudadanos, pongo por caso a Garcilaso, hacen más visible lo que antes he dicho, pues fué a pesar de este ficticio sentimiento de la naturaleza y no por él, que las palabras puestas en bocas de pastores tienen hoy todavía cierta frescura y cierta sencillez, dignas de elogio, si se atiende a que significaron un ensanchamiento en la genialidad de la lengua y en sus procedimientos de expresión. De esto podemos deducir, que es infecundo fijar el decir en términos que

no respondan eficaz y casi exclusivamente al pensar, pero aun así hemos de reconocer que la postura de quien defiende contra viento y marea su herencia material es en cierto modo fiel, y digo esto, porque fidelidad no es sinceridad, y si no veamos a Sancho que en principio era más fiel que sincero con Don Quijote y después se unió con su amo en sinceridad perfecta.

Así estos lingüistas, son fieles al tradicionalismo, pero no sinceros a la tradición, que al decir de Unamuno, es entrega y renunciación de atributos particulares en obsequio al vínculo común y sustancial. Don Miguel señaló, certeramente a mi entender, cuál es el verdadero origen del idioma, que como el de toda cosa nacida de algo lo mantiene vivo en todo el transcurso de la existencia. Sin remitirse a los hechos y usanzas de los clásicos, él dió la guía para llegar al único e inagotable tronco del idioma Español que es la lengua latina. Y no se vaya a objetar que el latín es un idioma muerto pues hoy está tan vivo en potencia dentro de las lenguas romances, como lo estuvo en representación real de palabras romanas.

Sin ser verdaderamente un auténtico minucioso en asuntos lingüísticos, Unamuno con clara visión dió todo un procedimiento para remozar siempre la lengua haciendo hincapié en el ordenamiento fonético de los términos, que al identificarse con los caracteres españoles se hacen españoles por ley y razón. Esto permite desde luego aclarar la procedencia de todas las palabras pero siempre ajustándose al modo español de escribir y de pronunciar y así logramos obtener términos que por transformación se tornan es-

pañoles, o por mejor decir, nacen al español al descubrirse su origen y asimilarlo a nuestra lengua.

No se crea por esto que apruebo la acogida disparatada de voces ajenas al idioma, con que los bárbaros hoy lo desvirtúan, pero también quiero hacer notar que la escritura no depende únicamente de la limpieza de la forma recogida en tradición, sino también y sobre todo de la identificación de esta forma con su fondo vital, del hallazgo que en materia de ideas actuales y eternas se hace en la materia plástica de las palabras.

Decía que Unamuno sin pormenorizar estrictamente los asuntos dió un procedimiento general para actuar. Y sirven para hacer más clara esta idea las numerosas palabras con que ilustró su pensamiento. Tales son: *adulciguar* por endulzar, *aseñiguar* por señalar, etc., en que asistido por su conocimiento de los clásicos y conocedor de las más generales de las leyes de evolución fonética, nos da realidades distintas en forma pero idénticas en su exacto proceso de crecimiento. Y esto, en un momento, sin tener que acudir a la voz de los siglos, ni a la aprobación del sentido común que muchas veces por ser común se hace dueño de un mismo disparate en todos los que lo poseen.

Queda pues sin respuesta aquella pregunta que si para escribir bien hay que someterse a los vocablos "clásicos" o tener un sentimiento vivo del crecimiento del idioma. Y yo pienso que es pregunta ésta sin respuesta posible, pues en este problema como en todos no hay una resolución sino muchas o quizás ninguna. Porque ya os decía que escribir bien no se rige

por reglas impuestas hoy y olvidadas mañana, y que el buen gusto en la escritura es tan deleznable como en todo. En lo que los clásicos pusieron toda su buena intención, no vemos hoy muchas veces más que afectaciones, y en cambio en tantos otros alifafes de gramatiquerías, buscamos hoy un hondo sentido trascendente que ellos ni siquiera sospecharon. Tales son, por ejemplo, muchos juegos de palabras, que si en Calderón no tuvieron intención determinada, en Unamuno obedecían a un afán metafísico, y hoy al leer a ambos los juzgamos con un mismo entendimiento, con nuestro gusto bueno y malo de hombres del siglo XX, y con un particular gusto de hombre singular.

Lo cual equivale a declarar que en asuntos de lenguaje, todos tenemos razón, o por mejor decir, obramos todos movidos por razón, por razón y sentimiento.

Hay hombres que están hechos podría decirse de imaginación, hasta en sus seres físicos se aprecia esa alada facultad de la mente, que es de transformación, de exaltación de los propios valores del raciocinio. En el habla de estos hombres, notaréis que abundan más los adjetivos que los verbos o sustantivos, esto es, que su vida es de selección en los atributos, y no de movimiento en la esencia de los seres. También podréis ver que sus frases son hermosas y que hacen de la forma verbal el mismo caudal que alimenta sus ideas, que están pensando sin interrupción en una bella forma y que es por ella que piensan.

Tal, es talento, mas no concentrada inteligencia en las fuentes de la vida.

Otros hombres, son capaces de penetrar con sus ideas la esencia de las cosas, en ellas se mueven podríamos decir, y su pensamiento es luz que aclara en el de otros las sombras de las dudas irresolubles. Viven de estrictas leyes y para ellas, el curso de su existencia, se va ordenando también en estas leyes, y su naturaleza es de adaptación, no de superación, porque hay más valor, más serenidad en ésta que en aquélla. Algunos seres para superarse necesitan morir.

Y también hay hombres en quienes las dos capacidades se hermanan en amable condición. Esta es la unión de opuestos en un solo valor. Es la soldadura imaginativa de la reciedumbre del pensamiento.

Y es así más efectiva la inteligencia de estos hombres, más humanamente efectiva en creaciones que profundizando liberan, que hincando la atención en los temas de estudio, la sueltan después para poder explicar en un punto todo el infinito, o en un sonido la música total en que vibramos. Esta es la ley de toda libertad, que sólo se obtiene por el profundo conocimiento de toda dependencia, de toda relación y de toda generación.

Es así como aparece ante mí la figura de Miguel de Unamuno, como una verdad eternamente poetizada sobre la estructura recia de las ideas. Y nadie como él penetró la poesía de los hechos, los de vida y los de muerte, avivando siempre al penetrarla, ese agri-dulce gustar que es el presente de vida y el futuro de no vida para nosotros. A menudo he oído decir que conservó siempre la ingenuidad de un niño, nada menos cierto que esto, pues Unamuno fué sincero y firme más no ingenuo. El niño ama la forma musical sobre todas las formas y si le dáis a leer un verso, gustará sólo de aquel que tenga ritmos repetidos que son fácilmente apreciables por el oído, porque hay otros ritmos, que se reciben con todo el sentimiento que tenemos de la vida. Esta propiedad de representar en la mente todos los valores que en ella ya existen dormidos, es musical, y la música es por ello lo más abstracta, la menos categórica de las artes, sin que esto venga en ningún modo a significar

idea de mayor o menor excelencia de ésta con relación a las otras artes.

Pappini apuntó, en su ensayo acerca de Dante, la poca afición que el poeta florentino tuvo por los niños, y pienso que esta es quizás la exteriorización lógica de la repulsión interior por las vaguedades. El que sabe que para expresar algo debe hacerlo en términos limitados, el que ya sufrió el desengaño de aprender que la vida infinita la vivimos apenas en dos o tres hechos repetidos, no puede aceptar que la mente disperse sus potencias en inconcretables ansias de infinito, o al menos no lo puede aceptar racionalmente. Porque lo único que tenemos de la vida es la representación, los atributos que rechaza lo que nos rodea, al decir de Valery, pero pienso que es imposible establecer qué es rechazo y qué es retención, porque para aquel que en una forma ha tratado de expresar el infinito, es imposible precisar si está éste en ella vibrando o si es por su ausencia por lo que lo percibimos, pues el espíritu recibe únicamente la limitación de los fenómenos.

El ardor de los místicos fué, en suma, querer sobrepasar este lindero y fué por eso lucha de limitación y de infinito. Por ello, el hombre que ha madurado la vida en los hechos repetidos, sabe que todo se puede sentir en una forma, y nada en ninguna, y que la profusión de imágenes halagan los sentidos, mas no el sentimiento profundo que se tiene de la vida, y en esta oposición de eternidad y temporalidad, de infinito y de lugar, es donde se penetra todo tema de poesía duradera que es vida duradera.

Así pues, podemos decir que el hombre verdadero

no es nunca un niño, porque hay para diferenciarlos la alternativa de confianza y de duda, la de entrega a la vida que en la niñez hacemos, a la apetencia de ella que en los años posteriores nos va viniendo.

Esto lo fijó Unamuno de manera definitiva en aquel su concepto del "Hombre" que no es mujer ni niño. Pues en esta apetencia que la duda exagera, no puede consumirse mas que aquel que es fuerza de vida, lo que vale decir, quien vive plenamente y por ello no se rinde al ansia, sino que se prolonga en una infinita exclamación, y toda exclamación es poesía porque ya sea ésta de dolor o de placer, es el éxtasis de incomprensión pero que es de ambición de las cosas eternas. Por ello es, que el poeta verdadero es el "hombre" verdadero.

LAS POESIAS

"A Merced de los vientos de la suerte,
este vivir, que es el vivir desnudo.
¿No es acaso la vida de la muerte?"

(Unamuno "Poesías").



llegamos de asunto en asunto a la parte de la obra de Unamuno en que todo pensar y sentir se resumen en una más elevada esencia que es la poesía. Como en toda obra poética en la del Gran Vasco están patentizadas las especies que mejor singularizan toda su invención literaria. Porque en ella se confunde en término inefable la severidad del pensamiento con las ansias del alma, la impiedad de la duda con la fe estremecida y alentada por un secreto sentir que no es conocimiento sino, como él dijera, conciencia viva de la vida. A aquel que haya leído los versos de Unamuno, le será fácil comprender la fatalidad que nos obliga a limitar en palabras ese secreto ardor que nos mueve incansable, que nos mueve en vida y hacia la muerte. Hacia un morir que quizá sea la plenitud de vida; la vida de la muerte. Porque sólo el silencio y la nada son totalmente llenos, llenos de

sustancia negada, de vaciedad, de inexplicable y total primera vida. Esta tristeza que en nuestra vida se toma por sumisión, al entender que la luz es oscura y el sonido silencioso, y que las cosas brillantes y sonoras son mera ficción de nuestro entendimiento, al caer en la cuenta que los sentidos son engañosos y que hay un sentir más hondo que en las entrañas nos habla de un más allá, de un no allá, de un no lugar inalcanzable para nosotros, es lo que ha puesto a Unamuno ante la realidad humana en su poesía. Y este lamento, que es constante en el tono y en el ritmo porque obedece a un tono y un ritmo deshumanizados, transmitido por ese preciso conocer en vaguedad adivinado, ha nacido de la penetración que Unamuno ha hecho en la materia unamuniana, al escuchar esos ritmos que no se alcanzan con oídos de persona, sino con un sentimiento de hombre que se prodiga en múltiples e incansables empeños sobrehumanos. Porque lo que algunos llaman sobrehumano es lo más humano de la vida, es lo que ajeno al raciocinio, nos da en un solo momento la comunicación de nuestros seres con la conciencia del hombre verdadero, es el vivir desnudo de que habla Unamuno, es el vivir íntegramente, que es el comienzo del morir desnudo, o quizás el fin para vivir la muerte en vida. Porque decidme, ¿si no comprendemos esta vida de la muerte, cómo hemos de comprender la poesía de la vida? De aquel ruido silencioso, de aquella luz apagada nos da cuenta únicamente certera el ensueño, nos da seguridad de duda, ansiedad de verdades vivibles o soñables.

No os he dicho nada y os he dicho todo respecto

de la poesía de Unamuno. Yo siempre he creído que es ocioso comentar con verdades juiciosas, los alcances de la poesía que son impenetrables. Mas a pesar de ello, en esto como en todo, hay que hacer literatura, ponderar en frases estrictas y justas, la inasible fluidez del sentimiento poético, que en tratándose de Unamuno es más singular por ser tan universal. Sin embargo de ello, es necesaria la comparación; somos seres reunidos en grupos, nos movemos siempre en la vida tocando, aun cuando sea insensiblemente, a nuestros semejantes. Por ellos y para ellos vivimos, deseamos seguir viviendo y por ellos verdaderamente ¡oh pobreza! sabemos que morimos.

De toda aquella confusión que fué el Modernismo, Unamuno tomó en sus renovaciones, lo que era realmente renovable, porque hay formas poéticas que mueren definitivamente y que al resucitarlas y hacerlas lucir en nuevos versos, tienen un aspecto de vaciedad extrahumana, como si ellas, cual Lázaro, estuvieran viviendo una vida que ya no es la suya. Esto a menudo acontece con formas métricas a las que se llegó por un proceso lento y de larga formación, pero que fueron definitivamente establecidas por un determinado poeta, y en sus manos lucieron singularmente con mejores bríos. De esta clase son las "Coplas" de Jorge Manrique, que parece fueron hechas para cantar solamente el tema que les dió vida.

No tienen igual destino las formas populares, que como voz propia, como exteriorización acorde de ese ritmo particular en que un pueblo se mueve, tienen

la fuerza de algo siempre nuevo, que constantemente se anima con el latir de un corazón que canta en varios individuos. Tal es el caso del romance español.

Unamuno, más fiel a estas últimas que a las primeras, las hizo vivir libremente, acomodando cada verso a la idea y ésta al sentimiento, dando como cuerpo precioso y acabado, la perfecta unidad del verso con la materia ideal que significa.

Veámoslo, si no, en este maravilloso recuento de palabras, que con justeza que envidiaría un artífice, pone en cada forma de limitados alcances, la totalidad de nuestros sufrimientos:

Qué es tu vida alma mía, ¿cuál tu pago? Lluvia en el lago.

Qué es tu vida alma mía, ¿tu costumbre? Viento en la cumbre.

¿Cómo tu vida mi alma se renueva? Sombra en la cueva.

Lluvia en el lago,
viento en la cumbre,
sombra en la cueva.

Lágrimas es la lluvia desde el cielo,
y es el viento sollozo sin partida,
pesar la sombra sin ningún consuelo,
y lluvia y viento y sombra hacen la vida"

Es interesante observar cómo casi a la par de aquellos alardes estruendosos de la "Marcha Triunfal" de Rubén Darío, se escribía en el mismo idioma versos de tan distinta naturaleza, en que hay una exaltación de los valores invariablemente humanos en el orden

ideal que va haciendo vivas a las frases. Parece como si en estos versos se hubiera querido decir los eternos valores de la poesía; las interrogaciones, las respuestas generalizadoras, luego, se hace vivir las palabras por su sola naturaleza sin comparaciones ni metáforas, y en fin, al insertarlas en nuestra vida, le dan a ésta nueva significación y la hacen más honda y más sensible.

Así fué Unamuno forjando su poesía, libremente, sin el peso de una filiación literaria, transportando a sus versos el fuego interior en que se debatía sin cansancio. Y es por eso que hoy, a la par de galas de sonido y de raras combinaciones verbales, sus poemas guardan dentro de sí, ese sencillo y siempre hermoso contenido de una voz sincera y convincente.

La forma métrica anterior al sentimiento, la acomodación de éste a aquella, o viceversa, las ignoró Unamuno. En su poesía como en las "Coplas" de Manrique el sentir y el pensar van naciendo al mismo tiempo y el tono y el ritmo sin cesar renovados, hacen lucir con más claridad las inexplicables entrañas del verso.

"¿En qué piensas tú, muerto, Cristo mío?
¿Por qué ese velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?"

Y parece como si en estos adjetivos; cerrada, abundosa, nos entregara en total todos los versos. Así como Juan Ramón Jiménez usó magistralmente el participio adjetivado, y es a las veces éste, la mejor

gala de sus versos, como en los "Sonetos Espirituales"; Unamuno puso en el uso del adjetivo su mayor soliciud y vive en su poesía más firmemente, haciéndola cobrar vida más propia que en los versos de otros autores. Y es que él sabía que esencia y movimiento son algo limitado para nosotros, pero en medio de lo cual presentimos su ilimitable valor. Y éste es el significado del adjetivo; la limitación amplia de los hechos de vida y de muerte: Limitar generalizando y así dar a entender la eterna y siempre nueva calidad de la poesía:

**"Si caigo aquí sobre esta tierra verde
mollar y tibia de la dulce Francia".**

Los temas de su poesía están siempre dictados por aquella estremecida incertidumbre que lo hizo escribir. "El Sentimiento Trágico de la Vida", su duda acerca del objeto de la vida, y aquella ignorancia del hombre respecto de su existencia, de su presente, de su recuerdo y de su presentimiento.

Al igual que Jorge Manrique, que es el poeta clásico que mejor recuerda a Unamuno, fué dejando en formas sencillas y claras casi transparentes, su angustiado retorcimiento, porque en esta sencillez es donde mejor se comprende, así como en aquella rectilínea forma de las parábolas evangélicas, en que parece que cada uno de los que oyen van agregando algo nuevo al contenido de la sentencia que se ha hecho clara por la luz de su pensamiento.

De esta manera, la forma poética como un puente insustituible entre poeta y lector viene a ser la imagen

de algo también eternamente modelable en que cada hombre encuentra la representación de su placer y su dolor, la imagen toda de su vida.

Y en esta acomodación de la forma hacia el hombre se establece siempre una lucha, como en toda acomodación, en esta absorción e integración de valores podemos ver representada aquella idea de la agonía, tal como Unamuno la ha concebido; como la oposición de realidades opuestas que se aúnan o se nullifican.

El mismo hecho de haber escrito su poema más significativo; "El Cristo de Velázquez" acerca de un tema en que quizá no creía, nos dice cómo y por qué escribió siempre cosas distintas, y al parecer de muchos contradictorias. Porque sueña con la fe en algo quien está atormentado por la duda, y porque esta misma duda que es lucha consigo mismo lo lleva en momentos de quietud, a saborear la pretendida dulzura de una fe que no se tiene. Y esto aunque parezca flaqueza, es lo más altivo de la obra de Unamuno, lo más valiente y lo más conmovedor, pues él sabía que por encima de las groseras creencias idólatras hay un espíritu de amor en que se puede juntar varias ideas, para luchar, y para que esta lucha sostenga el ardor de la vida. Además, hemos de anotar que no ha sido Unamuno el primero en escribir poemas respecto de temas religiosos sin ser un religioso convencido. Y es porque hay tanta poesía en algunas alusiones de esta naturaleza del espíritu, por lo que sobre ellas es fácil crear una real obra de arte, además de que hay también temas tan irresolubles, como el de la muerte que creo no hay a quien no le

muevan a meditación. Porque vida eterna no es vida de alma en quietud o en tormento, como lo creen los mojigatos. Vida eterna es incalificable y por tal ilimitable, incomprensible, inentendible, y mientras vivamos en el mundo y quizá después también para nosotros, invivible en plenitud.

Este convencimiento de nuestra pobreza que la revestimos de grandeza con la imaginación es lo que hizo a Unamuno escribir versos como aquellos:

**"He aquí el Hombre", por quien Dios es algo,
"No tengo Hombre, decimos en los trances
De la vida mortal, mas Tú contestas:
¡Yo soy el Hombre, la Verdad, la Vida!**

En los que además del significado que les dan los tontos, tienen otro más hondo y más conmovedor; que es de lucha, y no de sumisión; que es de desencanto y no de arrobamiento. Y creo que para estar convencido de lo que anteriormente digo, hay que leer toda la obra de Unamuno y ver cuán claramente su pensamiento se rebelaba ante ese acatamiento ciego de cosas acerca de las cuales no puede haber fe verdadera. Porque no es ceguera la fe en algo, Sancho no fué ciego en las andanzas con Don Quijote, por el contrario, su fe que era luz total, lo impulsaba a las veces a dudar más y no a dejar de creer, porque el creer es apetencia y no rendimiento ni solicitud ni entrega. Quien cree pide y no da. Tal es el valor activo de este sentimiento, porque quien cree en algo es porque lo apetece, y nunca, sabedlo bien, porque se ha entregado a ello.

Si se hubiera entendido así la poesía de los llamados poetas místicos, a quienes Unamuno recuerda en gran parte de su obra poética, ¡qué de hermosas visiones hubieran podido tener los que son descreídos por sistema y no por sentimiento! porque aquella ansia, lo mismo puede ser por lo que ellos pedían que por esa duda que a los hombres de hoy nos atormenta. Yo no soy religioso, mas en achaque de arte, esto no cuenta, hemos de atender tan sólo a la verdad poética, que es, aún cuando cambien los temas algo impercedero. Mientras exista el no saber habrá temas que cantar en la poesía, y quizá aún cuando todo lo supiéramos quedaba siempre el recurso para hacer arte, de preguntarnos si es real y eterno y verdadero lo que sabemos. Porque el anhelo artístico del hombre, inventa siempre un no saber que sobrepasa el conocimiento de las cosas. Y ese es el valor para mí, en lo que el arte se refiere, del complejo religioso:

"Porque es tu cruz también obra del arte
que sobrepuja a la Naturaleza".

("El Cristo de Velázquez").

**"Ara gigante tierra catellana,
a ese tu aire soltaré mis cantos
si te son dignos bajarán al mundo
desde lo alto (Unamuno, "Poesías").**

Imagino la obra de Unamuno, como un largo e ininterumpido soliloquio. Y no quiere esto decir que hubiera él adoptado la postura romántica del aislamiento y de la ficticia soledad.* Si alguien ha hecho estremecer el cuerpo y el alma de quien lo oyera es Unamuno, porque en su palabra iba temblando también siempre encendido, el anhelo que le empujaba a vivir, a vivir sin limitaciones, y muchas veces haciendo hincapié en verdades ya conocidas, pero que de tan sabidas se toman en su aparential significado, fué tejiendo una trama de ideas propias.

El hombre que es capaz de sostener consigo mismo un soliloquio que fluya toda su existencia, está siempre descubriendo en sí el alma de todos los hombres. Pues sólo en soledad verdadera, que es eficaz acompañamiento de todo lo que es con nuestra vida misma, un hombre puede establecer comunicación perfecta con los otros hombres. Y esto va, para aquellos que han tildado a Unamuno de extraño y paradógico,

porque yo no reconozco extrañeza con nada fundamental, en un hombre que ejercita con vigor su pensamiento, para agitar "en el poso del alma" de todos los hombres, la verdad estancada.

Aquella certeza de Unamuno de que todo en él se reunía para morir, fué la que, mal interpretada, trajo como consecuencia los juicios en que se hacía referencia a su afán de vanagloria y de festejos mundanos, y no era que en verdad así fuese, pues sólo aspira a vanagloria el que no se sabe merecedor de una más alta gloria, y los festejos los desea solamente, quien no puede confortarse con su propio quietamiento. Unamuno era capaz, ¡y tan capaz! de alcanzar ambas cosas, pero no era ésta su preocupación. Su estremecimiento fué algo más íntegro y fervoroso, en él se agitaba su ser todo por no dejar de ser o por anticiparse siendo al no ser venidero. Todo en su obra responde a este propósito; sus ensayos, sus novelas y sus versos, llevan en sus particularidades distintas la unidad de su angustia. Aun en el momento más materializado de la representación escénica, se oye aquella voz que en toda su obra nos está diciendo: vivir es ir muriendo, es ir tomando forma de muerte, pero es también modelarse en vida para morir, o para alcanzar vida perfecta. Y esto que aun alejado de la ramplonería iglesiera parece infantil, no lo es para un hombre que sueña en la vida un sueño de bondad interminable.

Quiero insertar aquí una observación acerca del sentido positivo que la niñez encierra. Los niños están más prontos a recibir indicios de otra vida que ignoramos. Sólo ellos ven seres que nos parecen fan-

tásticos en edad madura y no nos ponemos a pensar, que esa capacidad acerca al niño a la vida que después perseguimos y no alcanzamos nunca. Se habla del miedo y de la sugestión y diréis que son palabras, y sí lo son, y como tales vida misma, anunciación de vida en realidad difusa, difusa en todos pero concentrada en cada uno de los hombres. Es en tal sentido, en el único en que yo admito que Unamuno se acerca a los niños. Por su capacidad para vivir vida distinta de nosotros, en cada uno de los objetos de su sueño.

CONCLUSIONES:

SE acostumbra en esta clase de escritos, al final de ellos, apuntar en frases breves y concisas las deducciones que haya ido haciendo quien escribe respecto del tema que ha tratado.

La vida es para nosotros una eterna deducción, la misma inducción es deductiva, si se atiende a que la mente establece iguales relaciones que en el juicio deductivo. Relaciones que son de sucesión o de simultaneidad, de dependencia o de lucha. Pero en ambas se va conduciendo lentamente el pensamiento, y se detiene en todo aquellos que signifiquen apoyo cierto en este pausado caminar de las ideas. Esto, si nos referimos al pensar, pues el sentir es algo diferente, en que no hay deducción, sino como decía, nos da un preciso conocer momentáneo e indudable. Porque el sentimiento es afirmación, el que duda es porque no siente. Y el que siente plenamente y sin melindres no puede pensar siquiera en dudar.

Se establece en estos procedimientos, la misma relación que en nuestra vida plantea el acontecer. De la inducción al juicio y de éste a la deducción, puede decirse que hay las mismas etapas recorribles que

del pasado de nuestra vida al presente, y de éste a nuestro futuro. Lo cual nos indica que así como lo que fué y será es porque ya es, en este ahora que eternamente vivimos, lo que inducimos o deducimos lo sabemos ya, por este preciso conocer de sentimientos que nos da cuenta de la vida. Porque vivir es saber, es la suprema y más íntima sabiduría; la de penetrar la vida sin entenderla.

Sirvan estas digresiones para encaminarnos a entender lo siguiente: las conclusiones puestas al final de un escrito, dan a éste, cuerpo limitado que equivale a cortar la marcha de las ideas que se han soltado; concluir algo es limitarlo para el entendimiento, porque todo lo que es verdaderamente, es interminable en limitaciones del pensar. Tengo la certeza de que todo lo que es, tiene en ese ser principio y fin de su vida, principio de muerte y fin de vida, comienzo de futuro y término de presente, y que esto es eterno, que es hoy y será siempre, porque el futuro y la muerte no nos llegan nunca, sino hasta que ya no somos, hasta que somos en negación de valores vitales.

Ya os habréis percatado de mi manía generalizadora. Habréis visto que es la lucha constante de una verdad contra otra, la de apercibirme a mí mismo, de que lo que en este momento pienso no he de pensarlo más tarde. Esa es la idea central de éste mi escrito. Es la que me ha hecho aficionarme tanto a la obra de ese gran generalizador que fué Miguel de Unamuno; y por ello no creáis que voy a poner conclusiones categóricas. Yo quiero que sean estas líneas término de presente y comienzo de futuro, de ese

futuro que no llega nunca y siempre está llegando, que sean final de lectura y principio de vida mental; y que al dejar de leerlas penséis que no habéis leído nada nuevo, sino que por vosotros mismos descubristeis y disteis luz a verdades que teníais en olvido.

Los escritores que se llamaron ellos mismos realistas, ¡como si no todos lo fueran! tuvieron marcada inclinación por acabar la forma en sus obras; y lo malo fué, que no acabaron la forma sino la idea. Es por lo que hoy, al leerlas, muchas de ellas dejan una impresión de pesadez, como si la vida se hubiera terminado, o como si por un momento dejáramos de pensar por nosotros mismos.

En la obra literaria no debe haber antes ni después, sino sólo siempre, el siempre atrapado un instante, para soltarlo luego, y para que después de haberlo tocado se renueven las verdades ahí ocultas. Ese ha sido el empeño de los grandes escritores de todas las épocas. Eso es Shakespeare y Goethe y eso es también, en modo más limitado, Ibsen.

Por eso, si en un acto o frase literaria descubris vida propia que es principio y fin de sí misma, no pidáis conclusiones, que la mayoría de las veces son redundancias de ideas ya expresadas, es querer coger intencionadamente en mezquinas medidas, la incommensurable capacidad de las ideas. Porque quien escribe empieza al escribir recibíendolas y termina por entregarse a ellas sin razón ni medida.

Habéis ya recorrido estas páginas, y estaré satisfecho si al penetrarlas, en lo poco que yo sé que tienen, aviva en vosotros el deso de leer o releer a Unamuno.

Y que vuestra alma, como tierra húmeda de lluvias, se prepare a recibir el fermento germinador de sus ideas.

Si os hace pensar en algo en que no habíais reparado, será el fin colmado, y si soñáis en algo, alcanzaréis con ello vida plena. Porque pensar es hablar y las palabras os decía son sueño de vida real.

**"Que toda la vida es sueño
y los sueños sueños son".**

México, D. F., Agosto de 1944.

LA OBRA DE MIGUEL DE UNAMUNO

NOVELAS

- "Amor y Pedagogía".
- "El Espejo de la Muerte". (Novelas cortas).
- "Niebla".
- "Abel Sánchez".
- "Tres Novelas Ejemplares y un Prólogo".
- "La Tía Tula".
- "Paz en la Guerra".
- "San Manuel Bueno, Mártir y tres historias más."

ENSAYOS

- "Siete Volúmenes de Ensayos".
- "Mi Religión y Otros Ensayos Breves".
- "La agonía del Cristianismo".
- "Del Sentimiento Trágico de la Vida".
- "De la Enseñanza Superior en España".
- "Contra Esto y Aquello".
- "Arturo Schopenhauer".
- "De mi País".
- "Soliloquios y Conversaciones".
- "Vida de Don Quijote y Sancho".

CUADROS DE COSTUMBRES

- "Recuerdos de Niñez y de Mocedad".
- "Por Tierras de Portugal y de España".
- "Andanzas y Visiones Españolas".
- "Paisajes".

POESIAS

- "Poesías".
- "Rosario de Sonetos Líricos".
- "Romancero del Destierro".
- "El Cristo de Velázquez".
- "Rimas de Dentro".
- "Teresa".

OBRAS DRAMATICAS

- "El Otro".
- "La Venda".
- "Doña Lambra".
- "Sombras de Sueño".
- "Fedra".

LOS PROLOGOS

- A: Alberto Nin Frías "Ensayos de Crítica e Historia".
- Octavio Bunge "La Educación".
- Benedetto Croce "La Estética".
- Manuel Machado "Alma".
- José Asunción Silva "Poesías".
- Amado Nervo "En Voz Baja".

LAS TRADUCCIONES

- A: Tomás Carlyle "La Revolución Francesa".
- Carlos Lemcke "Estética".
- Herbert Spencer "La Beneficencia".
- "Exceso de Legislación".
- "El Progreso".
- Fernando Wolf "Historia de las literaturas castellana y portuguesa".

BIBLIOGRAFIA

- "Unamuno y la España de su tiempo".—*Jacinto Grau.*
- "Genio e Ingenuo de Don Miguel de Unamuno".—*Francisco Madrid.*
- "Unamuno y Clarín".—*Guillermo de Torre.*
- "Siete Cabezas".—*Eduardo Colla.*
- "De Gallardo a Unamuno".—*Eduardo Gómez de Baquero.*
- "Novelas y Novelistas".—*Eduardo Gómez de Baquero.*
- "Clásicos y Modernos".—*Azorín.*
- "Los episodios Nacionales".—*Benito Pérez Galdós.*
- "Meditaciones del Quijote".—*José Ortega y Gasset.*
- "La Deshumanización del Arte".—*José Ortega y Gasset.*
- "El Pensamiento Filosófico de Don Miguel de Unamuno".
—*Miguel Orosán.*
- "Prólogo a las Páginas Líricas de Unamuno".—*Benjamín Jarnés.*
- "Prólogo a "Lengua y Paisaje".—*José Bergamín.*